

EL COYOTE

A dynamic illustration of a Western showdown. In the foreground, a man in a red shirt and brown hat is leaning forward, holding a lasso. In the background, a man in a dark suit, a wide-brimmed hat, and a black mask is aiming a revolver. The scene is set against a bright yellow background.

**EL AULLIDO DEL
COYOTE**
J. MALLORQUÍ

EL AULLIDO DEL COYOTE

Por José Mallorquí

CAPITULO PRIMERO

FRESNO A MONTERREY Y VICEVERSA

—En su lugar yo no tomaría esa diligencia, señor. Se expone a perderlo todo, incluso la vida.

El viajero, que acababa de guardar en un bolsillo del chaleco el billete que le daba derecho a viajar desde Fresno a Monterrey en uno de los coches de la Murdoc-Express, agencia de transportes que estaba encargada del tráfico de viajeros entre ambas poblaciones, así como del transporte del correo, volvióse hacia el hombre que acababa de darle el aviso.

—¿Es una broma?—preguntó sonriente.

—No, señor. Lo digo por su bien. —El que hablaba era un puro californiano, con sangre mejicana y española, sin mezcla de indio. Vestía sencillamente, sin lujo; pero también sin pobreza. Representaba unos cuarenta años y sus deformadas manos indicaban que se dedicaba al cultivo de la tierra.

—¿Por qué se interesa por mi bien?—preguntó el viajero.

—Usted no se acuerda de mí, don César, pero yo trabajé para su padre, que en gloria esté. Fueron ustedes siempre buenos conmigo y al verle a punto de tomar la diligencia pensé que debía prevenirle.

— ¡Ah! ¡Caramba!—Don César entornó los ojos y trató de recordar a su informador. Por fin rindióse—: No puedo recordarle, amigo. Lo siento. No lo tome a ofensa.

—Le sería imposible recordarme. Usted era muy muchacho cuando yo dejé su casa. Además, entonces ya no estaba usted en Los Angeles, sino en Cuba. Pero se parece usted mucho a su padre. Me costó poco reconocerle. Ya sé que ahora con las nuevas costumbres resulta feo que uno se dirija a otro sin que le llamen; pero nosotros no somos como los yanquis.

—Desde luego. Le agradezco mucho su aviso. ¿Cómo se llama?

—Hilario, para servirle. Tengo unas tierras junto a las montañas. Su padre me las regaló.

—¿Podría ampliar sus informes acerca de la conveniencia de no tomar este coche?

—Sí, señor. Llevan ya cuatro asaltos consecutivos. Cuatro veces los bandidos han atacado la diligencia, quemando a los conductores, matando a los caballos e incluso destruyendo los equipajes de los viajeros.

—¿Por qué hacen eso?—preguntó don César.

—Pues se dice que es por rivalidades comerciales. Otra empresa de diligencias quiere quedarse con la línea y quitarle a ésta el transporte del correo que es lo mejor que tiene. A las diligencias de Speck nunca les ocurre nada. En ellas se viaja bien y seguro; pero en las de Murdoc siempre ocurren cosas. Antes ocurrían; pero desde hace algún tiempo ocurren muchas más.

—¿Han asesinado a algún viajero?

—Eso todavía no lo han hecho, señor. Pero quizá también lo hagan. Por ahora sólo han quemado algunos equipajes.

Don César se encogió de hombros.

—No llevo equipajes, Hilario. En el peor de los casos llegaré más tarde a Monterrey, pero no tengo mucha prisa.

Hilario inclinó la cabeza y dio evidentes muestras de que deseaba decir algo más; pero no se atrevía.

—Habla—le invitó don César, adivinando sus dudas—. ¿Qué quieres decirme?

Decidiéndose, Hilario empezó:

—Antes le mentí, don César.

—Mal hecho, Hilario—sonrió el hacendado—. No se debe mentir nunca. Y cuando se ha dicho una mentira, si no es muy grave conviene mantenerla. No es vergonzoso olvidarse de una cara. Ya ves que yo no me acordaba de la tuya. Tú tampoco me hubieras reconocido, ¿verdad? Afortunadamente, aun no me parezco a como

era mi padre en la época en que tú debiste de conocerle. No tengo barba blanca ni la cabeza llena de canas.

—Tiene razón, don César. Pero yo estaba cerca de la oficina de las diligencias de Murdoc y oí comentar que don César de Echagüe tenía reservado pasaje en uno de los coches. Y el propio señor Murdoc decía que le daba mucho miedo que a usted pudiera ocurrirle algo, pues parte de su salvación económica dependía de usted. Luego insistió mucho cerca de los guardas para que en ningún momento, y por grave que les pareciera la situación, hiciesen uso de sus armas en defensa del coche. Dijo que si los bandidos lo tiroteaban usted podría resultar herido y eso sería una catástrofe para él.

—¿Eso te puso sobre mi pista?

—Sí, señor.

—Vaya, todo queda explicado más sencillamente. Lo que pierde en emoción lo gana en veracidad. Si se han tomado ya las medidas para que nada me ocurra, voy seguro. No veo por qué he de quedarme en Fresno donde nada tengo que hacer.

El honrado rostro de Hilario expresó su sincera inquietud.

—Usted, por lo visto, no comprende lo que sucede, señor. Si Charles Speck se entera de que usted va a salvar a Murdoc, hará asaltar la diligencia, como ha hecho con las otras, y, además de destruirla, le hará matar a usted.

— ¿Por qué va a cometer semejante salvajada, Hilario? Yo no le causo ningún daño.

—Speck desea quedarse con este servicio de transportes. Es un hombre lleno de ambiciones. Ya se quiso casar con la señorita Ortega, que era la heredera de estos transportes desde los tiempos de la Corona; pero ella prefirió a Murdoc. Desde entonces Speck no ha perdonado a Murdoc y le hace todo el daño que puede. Lo quiere arruinar. Y va camino de conseguirlo. Es un hombre implacable. Si usted piensa ayudar al señor Murdoc, él le matará a usted.

—No creo que lleve tan lejos las cosas, Hilario. A mí nadie me ha querido matar nunca. Soy como esos pajarracos que no sirven para ser comidos ni resultan peligrosos. La gente mata por emoción o por beneficio, o por odio, también; pero a mí no me odian, no sirvo de alimento y no represento una amenaza. Ya verás cómo nada me ocurre. Sin embargo, te quedo muy agradecido por tu buen deseo.

—Entonces... ¿piensa usted tomar la diligencia?

—Eso pienso hacer. Además, el señor Murdoc viajará conmigo. Sin duda quiere velar por mi seguridad.

—El señor Murdoc está loco si hace eso. Le han avisado muchas veces de que él morirá dentro de uno de sus coches. Le deseo un afortunado viaje, don César, y....

—Ruega por mi vida. ¿No era eso lo que me ibas a decir?

—No me atrevía a decírselo. ¡Que Dios le proteja!

—Así sea, Hilario. Si alguna vez bajas a Monterrey, pregunta por mí y ve a visitarme. Voy a pasar algún tiempo en la antigua capital de California. Los Angeles se está modernizando demasiado. El viejo ambiente californiano se refugió en Monterrey

Hilario movió la cabeza.

—Desde que el «Coyote» lleva tantos meses sin dar señales de vida me parece como si California hubiera muerto. ¿Qué dicen en Los Angeles?

—¿Acerca del «Coyote»?—Don César se encogió de hombros—. Muchas cosas. Unos opinan que ha muerto. Otros dicen que se ha cansado. Otros aseguran que reaparecerá.

—¿Y usted qué piensa?

—Que habrá desistido, al fin, de meterse en los asuntos ajenos y en adelante se cuidará sólo de los suyos. Sería una prueba de cordura.

—O de cobardía.

—Yo admiro a los que tienen el valor de pasar por cobardes, sin importarles la opinión ajena. Adiós Hilario. Y muchas gracias por tu aviso.

Don César se dirigió a la rojiza diligencia, dentro de la cual estaban ya tres de los viajeros. De las oficinas de la Murdoc-Express se sacaron los fardos de la correspondencia y un cajón de madera reforzado con bandas de hierro y cerrado con un gran candado.

—Ahí va dinero—dijo uno de los viajeros, asomándose a la ventanilla—. Mal asunto. Es como llevar un anzuelo bien cebado.

—Buenos días, señores—saludó don César, acomodándose en su asiento—. ¿Tendremos buen viaje?

—No lo creo—dijo uno de los viajeros—. Me llamo Dunseth.

—Yo me llamo César de Echagüe. Encantado de conocerle.

Los dos hombres cambiaron un apretón de manos. James Dunseth representaba unos sesenta años o más. Vestía negra levita Príncipe Alberto, chaleco floreado, adornado por gruesa cadena de oro, corbata de lazo, pantalones gris oscuro, y en la cabeza, sombrero negro, de ala ancha, de tipo militar. En sus rasgos había distinción e incluso nobleza; pero también se presentía astucia encubierta. Podía tratarse de un senador, de un «coronel de Kentucky» o de un actor representando un papel.

Los otros viajeros eran menos «notables.» Ellos mismos se presentaron.

Lyde Vance era alto y fornido. Cabeza pequeña, ojos minúsculos, boca grande, de labios gruesos. Vestía traje completo de pana, calzaba botas de cañas altas y se cubría con un sombrero de ala ancha y copa baja y redondeada. Nicolás Oken era delgado, de pecho hundido, tosía por costumbre, sin darle importancia, aunque el eco despertado en su pecho por aquella tos indicaba que se trataba de algo importante y serio. Vestía un traje a cuadros, botines y se cubría con una gorra inglesa con orejeras sujetas por unas cintas en lo alto

—Dicen que es una línea peligrosa—tosió Oken—. No me gustaría que ocurriera alguna desgracia. Quisiera poder viajar en paz.

—Nunca pasa nada grave para los viajeros—replicó Dunseth—. Yo he estado ya en dos de los sucesos. Nunca molestan a los viajeros.

Dirigiéndose a don César, siguió:

—Parece que se trata de una rivalidad comercial. Como todo el mundo lo sabe, los de la competencia nunca molestan a los viajeros, porque sería lo mismo que quitarse futuros clientes.

—Empiezo a lamentar el haber subido—suspiró don César—. Soy hombre amante de la paz.

—A mí me gustan las emociones fuertes—dijo Vance, contemplando sus desmesuradas manos.

—A mí no—dijo Oken—. Estuve en un asalto y me quemaron mi equipaje.

—¿Por qué viaja otra vez en la misma línea?—preguntó don César de Echagüe.

—Porque vine a cobrar la indemnización por lo que se me había perdido en el accidente. Por eso volví. Pero ahora no me verán nunca más.

Bud Murdoc subió al carruaje y tras un cordial saludo sentóse junto a don César, gritando al cochero:

— ¡En marcha, Pete!

Luego, arrellanándose en el asiento, explicó:

—Me gustaría estar ya en Monterrey.

—Ignoraba lo que ocurría en la línea—observó don César—. ¿No habría sido más seguro hacer el viaje a caballo?

—Esta vez no creo que nos molesten. Vamos bien armados, ¿verdad, señores?

Vance sacó un revólver de una funda que pendía de su cinturón y otro de la bota izquierda, mientras Dunseth desfundaba dos de debajo de los sobacos.

—Yo no llevo armas—observó Oken.

—Yo llevaría si no pesaran tanto—murmuró don César, entornando los ojos mientras la diligencia se ponía en marcha entre ladridos y gritos de despedida.

—Lo que Speck está haciendo conmigo no tiene perdón de Dios, don César—suspiró Murdoc—. Elena me ha hecho prometer que no lo resolvería de acuerdo con las normas de nuestra tierra; pero al fin tendré que ir a buscarle y zanjar la cuestión de hombre a hombre, o sea a tiros.

—Es mejor resolverlo por medio de un abogado—observó Dunseth—. Yo he visto a gentes muy bravas que no le tenían miedo a un revólver; pero que se echaban a temblar ante la idea de un pleito. Un abogado es capaz de sacar más sangre que un cirujano.

—No tengo ninguna prueba contra él—replicó Murdoc—. Ya he

consultado con varios abogados; pero todos me han dicho lo mismo: con tan vagas pruebas no conseguiré nada. Pero la gente sabe la verdad, y si en Monterrey no puedo hacer nada so pena de caer en las garras de un par de tribunales, en Fresno es distinto. El día en que Speck suba allí le buscaré dondequiera que se meta y le meteré más plomo del que pueda digerir. No se burlará de mí. En Fresno comprenderán la verdad y el comisario del *sheriff* me estrechará la mano y me felicitará por mi manera de hacer justicia. La justicia del Colt es la única que entendemos por estas tierras; pero el muy cobarde no se mueve de Monterrey, vive rodeado de pistoleros a sueldo, y en cuanto yo me acerque a su casa, me acribillarán a tiros sus sicarios.

—¿Y qué desea su rival?—preguntó don César bostezando, como si las pasiones de los humanos le parecieran poco menos que locos de remate.

—La línea de diligencias.

—¿No tiene una?—preguntó don César.

—Sí, pero no puede establecer un servicio regular. Este pertenece al que lleva el correo. Speck se limita a hacer viajes irregulares.

—¿Y tanto vale esta línea? —preguntó don César, examinando el interior del viejo coche como si lo tomara como ejemplo de la poca importancia del servicio.

—En sí no vale mucho, desde luego—replicó Murdoc—. Da bastante dinero, porque trasladamos muchos viajeros y, sobre todo, porque nos hacemos cargo de las remesas de oro que envían los mineros a Monterrey. Estos envíos van asegurados y se cobra bastante por ellos; pero el interés de Speck es eliminar competencias. Aunque no se dice abiertamente, se sabe que trabaja para la Wells y Fargo [1]. Está asociado con ellos y trata de conseguirles el monopolio del transporte interior en California. Por muchos ferrocarriles que vayan tendiendo, nunca podrán poner uno en cada pueblo. Pasarán siglos antes de que las diligencias desaparezcan de la superficie de la tierra. La Wells y Fargo quiere establecerse sólidamente y no quiere competencias que le obliguen a trabajar más barato. Por eso acapara por las buenas o por las malas, todos los servicios independientes. Speck me ha hecho una oferta de veinticinco mil dólares por mí línea. No lo acepté. Es la décima parte de lo que vale; pero aunque me diera todo su valor tampoco le vendería la línea. Es una cuestión de amor propio y de justa indignación. Han muerto varios de mis hombres, y la sangre no se paga con oro, sino con sangre:

—Pero... ¿y si fuera la suya, Murdoc?—preguntó don César—. Creo que se arriesga usted mucho. Si Speck es tan malo como dicen, le podrá matar.

—No lo hará abiertamente—replicó Murdoc.

—Si le mata disimuladamente, usted no advertirá la diferencia—observó don César.

—Yo, en su lugar, señor Murdoc, ya hubiera cogido a ese tipo y lo habría hecho pedazos—rió Lyde Vance.

Don César miró de reojo al gigante. En su voz había percibido una nota falsa. Cual si Vance se burlara de sus propias palabras. Sin embargo, su aspecto no era el de un hombre acostumbrado a las bromas sutiles. Por el contrario, parecía brutalmente directo. Por ello su observación debía haber resultado sincera, porque era lógica en sus labios. El que sonase a falsa despertó el interés del hacendado hacia un hombre en quien de otro modo apenas hubiera prestado atención.

—Me dijeron que su hijo volvía pronto del Este—dijo a Murdoc.

—Sí—respondió el dueño de la línea de transportes—. Estoy deseando verle.

Murdoc era un hombre imponente. En estatura y musculatura, se le hubiese podido comparar a Vance; pero su fuerza extendíase también a lo moral. Además su persona irradiaba simpatía. Era imposible tratarle sin caer bajo el influjo de su arrolladora personalidad. No era guapo. Ninguna de sus facciones era regular. Todas resultaban ligeramente exageradas o deformadas, y una cicatriz ponía en su bronceado rostro un blanquecino surco desde la comisura del labio derecho hasta la barbilla. Sin embargo, su éxito entre las mujeres era proverbial, y a su mujer, la famosa Elena Ortega, de Monterrey, aquella popularidad de su esposo entre el sexo débil, le había costado muchas lágrimas, que Murdoc secó fácilmente con sus convincentes palabras.

No se libraron sus hijos Elliot y Cruz del influjo paterno. El muchacho admiraba a su padre. La niña le adoraba. La propia Elena perdonaba siempre y siempre estaba dispuesta a protegerle de sus propias debilidades.

Elliot Murdoc era la principal debilidad de Bud. En cuanto se mencionaba al hijo brillante, ya famoso, por lo menos en los círculos de Harvard, Bud Murdoc se enternecía.

—Estoy deseando verle, don César—dijo con voz llena de ternura. Es un gran chico. Sus profesores están muy contentos con él. Dicen que si no llega a Presidente será porque no se lo propondrá. Pero tiene inteligencia sobrada para llegar a los más altos puestos de la vida. Y en los deportes también se ha destacado. Ha ganado concursos de patinaje sobre hielo y hace unos días fue declarado campeón de tiro de pistola.

—Eso es bueno—sonrió don César—. Y práctico. En la vida moderna no basta tener razón, además hay que saber usar un revólver.

—Pero usted no lasa armas— dijo Dunseth—. Eso quiere decir que no cree lo que dice.

—El señor de Echagüe es un caso especial—dijo Murdoc—. Su fuerza está en sus labios. Sabe herir con una palabra mucho más hondamente que otros con un rifle.

—Pero nunca a quien tiene un rifle entre las manos —replicó don César—. Al que empuña un arma siempre le doy la razón. Es una eficaz regla de higiene.

La diligencia estaba escalando las estribaciones de la sierra. Su marcha habíase acortado a pesar de que los seis caballos tiraban con todas sus fuerzas y el conductor los azuzaba a gritos y haciendo restallar el largo látigo con ecos de pistoletazos.

La conversación dentro de la diligencia languideció. Don César captó la tensión mental de sus cuatro compañeros de viaje y no tardó en contagiarse de ella. De cuando en cuando el viejo Dunseth echaba una rápida mirada por la ventanilla, y al fin también don César se sorprendió oteando el presentido peligro. Aunque los otros notaron su inquietud, ninguno comentó acerca de ella.

—Mientras estemos subiendo no ocurrirá nada—pensó don César—. El peligro empezará en lo alto de la meseta, en terreno llano.

—Una vez envenenaron el agua del abrevadero de Llano Verde—observó Dunseth—. Los caballos bebieron y cuando se les quiso hacer seguir el viaje no podían moverse. Uno a uno, por el orden en que habían bebido, fueron cayendo muertos. Yo estuve presente. No me gustó. Mucho antes de la Guerra yo tenía buenos caballos. Me gustan. Y los quiero. A mi hija le ocurre lo mismo. Creo que si le fuera posible se casaría con un caballo. Matar a uno de esos nobles animales me parece un crimen mayor que asesinar a un hombre.

—Los matan porque ya no es fácil en California conseguir caballos buenos—dijo Murdoc—, Usted, don César, aún debe de recordar aquellos tiempos en que resultaba más económico utilizar un caballo hasta que moría de hambre y comprar luego otro, que alimentarlo comprando cebada y trigo.

—Me lo han contado—contestó el californiano—. En mi familia siempre se ha cuidado mucho a los caballos. Gracias a ellos hubo distinciones de clases. Un caballero al fin y al cabo, no era más que un guerrero a caballo.

—¿Cómo han resuelto lo del abrevadero de Llano Verde?—preguntó Dunset a Murdoc.

—En lugar de utilizar las aguas reunidas en el abrevadero, se da de beber a los caballos en cubos llenados en la fuente. Más lento; pero más seguro.

La diligencia había llegado por fin a la cumbre de la meseta. Durante unos cientos de metros la carretera era lisa como la palma de la mano, luego volvía a serpentear, ladera arriba, hasta otra meseta, desde la cual se iniciaba la última parte de la ascensión para coronar la sierra. El conductor dejó de exigir mayor velocidad a los caballos, a quienes sólo impulsaba el olor del agua próxima.

—Por ahora no ha pasado nada—tosió Oken.

Como si alguien hubiera oído sus palabras y quisiera desmentirle, sonaron varios disparos a ambos lados de la diligencia, y por la ventanilla don César vio caer al guarda armado, que no había tenido tiempo de apretar el gatillo de su Marlin.

Gritó el conductor para exigir a los caballos nuevas energías, y Murdoc, desenfundando su revólver, asomóse a la ventanilla y empezó a disparar hasta que Dunseth le arrancó el revólver y lo tiró a la carretera, gritando:

—No sea loco. Le van a matar y nos matarán a todos si hacemos resistencia.

Murdoc se dejó convencer en seguida. Hasta aquel momento todos los disparos de los asaltantes iban altos, dirigidos contra el conductor, sin que ni una bala hubiera penetrado en el interior del vehículo.

—Ahí vienen —dijo Dunseth, señalando por la ventanilla—. Siempre seis. Tres por cada lado. Seguramente habrá otros apostados

más arriba, por si pudiéramos alejarnos de éstos.

Don César miró en la dirección que indicaba el viejo. El retumbar de los cascos de los caballos que tiraban de la diligencia, y el traqueteo de las ruedas, ahogaban el galope de los seis jinetes que perseguían al vehículo. El hacendado evitó demostrar demasiado interés en los atacantes. Hubiera sido impropio de una persona tan poco amante de las emociones fuertes. Pero la rápida ojeada que lanzó al exterior antes de dejarse caer contra el respaldo de su asiento, con fingido miedo, fue suficiente para ver que los bandidos llevaban ceñidos al rostro unos paños rojos con aberturas para los ojos. Disparaban con revólveres y rifles contra el conductor y contra los caballos.

Uno de los dos animales que iban en cabeza había sido herido en el cuello y relinchaba de dolor; pero la herida fue como un espoletazo que le hizo galopar más de prisa, hasta que un disparo de rifle, más certero, le alcanzó en la cabeza, matándolo fulminantemente.

Cayó el animal y, dándose cuenta del peligro, el conductor pegó un puntapié a la palanca del freno, mientras los otros caballos caían, en una terrible confusión de arneses, sobre su compañero, empujados por el vehículo, cuyas ruedas rechinaron metálicamente sobre la carretera.

La diligencia quedó parada, oscilando sobre sus ballestas, al tiempo que los encubiertos bandidos llegaban junto al carruaje, sin dejar de disparar sobre el conductor, que perdida la defensa que le proporcionaba el movimiento del vehículo y el montón de bultos que iban sobre el techo del mismo, lanzó un grito de dolor y cayó sobre los pataleantes caballos, que pugnaban por librarse de la sólida trampa en que estaban cazados.

Las dos portezuelas fueron abiertas simultáneamente y por ellas aparecieron cañones de rifles y revólveres.

— ¡Abajo, abajo! —gritaron varias voces en mal español—. ¡Pronto! ¡Abajo!

Dunseth, Vance y Oken obedecieron en seguida saltando al suelo con las manos en alto, sin intentar defensa alguna. Murdoc les imitó más despacio y, tras él descendió don César, también con las manos al cielo, mientras observaba cómo sus compañeros de viaje se iban colocando junto a la cuneta izquierda, siguiendo las mudas indicaciones de los bandidos, o realizando unos movimientos casi habituales.

—¿Quién disparó? —preguntó, siempre en castellano, uno de los bandidos, que no lograba ni con mucho, disimular su acento inglés.

—Yo —dijo Murdoc, irguiendo la cabeza, como un héroe de novela de capa y espada.

—¿No sabe que es peligroso? —preguntó el bandido, acercándose a ellos con el revólver en la mano, aunque sin apuntar a nadie.

—Han matado a dos más de mis hombres —dijo Murdoc—. Si quieren hacerme daño, háganmelo a mí, no a los que trabajan a mis órdenes.

—Después de esto, pocos hombres querrán trabajar ya para usted, Murdoc —respondió el otro—. Puesto que no quiso hacerlo por las buenas, tendrá que ceder por las malas, perdiéndolo todo. Su línea de diligencias no volverá a hacer ningún viaje más.

Don César observaba los movimientos de los otros bandidos. Carga, equipajes, sacas del correo, e incluso el cofre del dinero, fueron apilados en medio de la carretera. Luego, mientras tres de los atacantes se metían entre los arbustos que crecían a la derecha del camino, los otros dos procedieron rápida y eficazmente a matar a los cinco caballos supervivientes. Dunseth fue el único que demostró impresionarse ante el salvaje espectáculo. Los relinchos de dolor y de miedo de los caballos, se fueron apagando tras cada disparo. Los matadores usaban rifles, metiendo el cañón en la oreja de cada animal, luego apretaban el gatillo.

Cumplida su cruel misión, procedieron, con largos y afilados cuchillos, a cortar los arneses, correas y cuanto podía destruirse para que no pudiera aprovecharse más. Las riendas fueron cortadas igualmente y metidas dentro de la diligencia.

Regresaron los tres bandidos que habíanse alejado por entre los matorrales. Traían seis pesadas latas y con el contenido de dos de ellas rociaron la diligencia, empapando suelo, techo, lonas y asientos. El olor del petróleo se extendió por la meseta.

Con el petróleo de las otras cuatro latas empaparon sacas, equipajes y cuanto habían amontonado junto a la diligencia, luego, mojaron unas ramas secas de artemisa y les prendieron fuego, tirándolas sobre la pila de fardos y la diligencia.

Una cortina de fuego coronada de negro humo envolvió en seguida el coche y lo que había transportado.

—Apártense si no quieren sudar —dijo el bandido que dirigía las operaciones—. Habrá fuego para bastante rato.

— ¡Matadme y acabad de una vez conmigo! —gritó Murdoc.

El bandido se echó a reír.

—Ya hemos acabado con usted, Murdoc. El matarle no nos resolvería nada.

Dirigiéndose a los demás, pidió:

—¿Llevan armas encima?

Dunseth, Vance y Oken contestaron afirmativamente.

—Yo no —dijo don César.

—¿Por qué no? —preguntó el encubierto—. Todo el mundo lleva armas.

—Pesan mucho y no sirven de nada —sonrió el hacendado—. Estos señores llevaban y no las utilizaron, porque se dieron cuenta de que podían hacerse daño con ellas.

—Tiene razón —contestó el otro. —Pero le advierto que si mis hombres le encuentran algún arma encima le ahorcaré.

—Antes tendría que plantar un árbol o llevarme más abajo, o más arriba, donde crecen pinos.

—¿Me cree incapaz de hacerle matar? —gritó el bandido, cuya voz acusaba su indignación.

—No, señor. Le creo lo bastante valiente para ello... —sonrió don César.

Sabía que este alarde de serenidad sorprendería un poco a alguno o algunos de sus compañeros; pero trataba de realizar un experimento y... el experimento dio buenos resultados, porque el bandido, dominando su irritación, gruñó:

—No me gusta perder el tiempo. Ustedes descarguen sus armas y guarden los cartuchos en los bolsillos. No se les ocurra recargarlas mientras nosotros estemos a tiro, porque volveríamos y en vez de dos habría siete muertos. Si les dejo conservar las armas es porque rondan algunos lobos y osos por estos montes y ellos tendrían menos

contemplaciones que nosotros.

El aire estaba lleno de olor a madera quemada. También olía a carne abrasada, ya que las llamas habíanse extendido hacia los caballos, prendiendo en sus crines. Al cabo de media hora de esperar, ahora sentados en el suelo, los viajeros vieron cómo los bandidos, realizado el, en apariencia, inútil asalto, puesto que ningún beneficio material habían sacado de él, se aseguraban de que las sacas de correspondencia, la caja del dinero y los equipajes estaban definitiva y totalmente destruidos.

—Ya está —dijo el jefe—. Vámonos antes de que venga alguien a ver qué sucede.

Montaron los seis a caballo y, sin preocuparse más de los viajeros, a quienes dejaban abandonados en plena montaña, escaparon camino abajo, sin volver ni una vez la cabeza.

— ¡Ya no podré rehacerme! —gimió Murdoc, con las manos en las sienes y los codos apoyados en sus rodillas—. Speck ha terminado conmigo.

—Es raro que no haya robado la correspondencia y el dinero, y que no nos haya registrado —dijo Dunseth.

—Es un maldito diablo, que sólo desea perderme, arruinarme, quitarme cuanto poseo, incluso mi mujer.

—Eso no depende de él— observó don César—. Si Elena no está conforme con ello, nadie la robará.

—Usted ya sabe que antes de casarse conmigo, Ele» na y él fueron novios —replicó Murdoc.

—Sé que tuvo otro novio; pero no llegué a saber quién era.

—Sin embargo, se habló mucho en aquellos tiempos.

—Creo que fue una de las primeras californianas que se decidió por la nueva moda —comentó don César. Y como Dunseth y Oken le miraran interrogadoramente, explicó—: La moda antigua era casarse con los de su misma raza. Pero había algunos yanquis tan atractivos, y tan apasionados, que la moda de casarse californianas con yanquis no tardó en empezar. Como siempre, las primeras que la adoptaron fueron tachadas de descaradas, extravagantes, locas y algo peor; mas al cabo de algún tiempo se impuso la moda. Mi propia hermana se

casó con un yanqui. ¿Y dice que era Speck ese otro novio de Elena?

—Sí. Yo le vencí en buena lid y él nunca me lo perdonó.

—Pero no es lo mismo codiciar una jovencita de dieciséis o diecisiete años, que pretender conquistar a una mujer que ya ha cumplido los treinta y seis y es madre de dos hijos, uno de los cuales incluso es campeón de tiro de pistola —replicó don César—. Creo que lleva muy lejos sus sospechas.

— ¡Ojalá sólo fuesen sospechas! —murmuró Murdoc—. Desgraciadamente hay mucho más. Hay realidades. La traición ha entrado en mi casa y ha llegado muy lejos...

Levantándose y moviendo la cabeza, como para librarla de tristes pensamientos, siguió:

—En fin, no hablemos más de este lamentable asunto. Ustedes, caballeros, serán indemnizados de cuanto hayan perdido, incluso del retraso que van a sufrir en su viaje. Ahora, lo mejor es subir un poco hasta el parador de la segunda meseta. Si no lo han destruido, allí encontraremos caballos. Me interesa llegar a Monterrey lo antes posible y a ustedes debe de ocurrirles lo mismo.

—Yo no tengo prisa —dijo don César—. Puedo esperar aquí. El rescoldo del incendio me dará calor hasta que llegue alguien. Me dijeron que la otra diligencia saldría poco después que la suya, señor Murdoc.

Este cerró los puños como si le hubieran insultado.

— ¡Antes me dejaría matar que viajar en la diligencia de ese asesino!

—Pues yo no tengo tantos escrúpulos —sonrió don César—. Soy un caballero; pero nunca me ha gustado viajar a caballo. Sólo en casos inevitables.

—El señor de Echagüe tiene razón —dijo Dunseth—; pero lo malo es que las plazas en la otra diligencia estaban vendidas y no es probable que haya sitio para nadie. Tengo prisa por llegar a Monterrey y prefiero asegurarme el viaje a caballo.

Los demás opinaron igual.

—Vayanse —dijo don César—. Yo esperaré.

—¿Quiere un revólver? —preguntó Murdoc, ofreciéndole uno de Vance.

—No, no —rechazó el hacendado—. Si apareciese un oso notaría en seguida que a pesar del revólver yo estaba asustado. Creo que no haría caso de mis tiros. Y si por un milagro fuese él quien sintiera miedo de mí, entonces huiría, aunque yo no le disparase un tiro. Que tengan buen viaje. Nos veremos en Monterrey. Por lo menos usted y yo, señor Murdoc.

—¿De veras no le disgusta quedarse solo? —preguntó el dueño de las diligencias.

—Sin que ello quiera decir que me causa un gran placer, le prometo que no me disgusta. Adiós.

—Adiós, señor Echagüe —dijo Dunseth, estrechando la mano del hacendado—. Como yo pasaré muchos días en Monterrey, espero que volveremos a vernos.

—¿Quién sabe? —bostezó don César—. El mundo es muy raro. Un amigo mío que vivía en París, en una casa de seis pisos, me contaba que en diez años de vivir allí nunca se había cruzado con el vecino del último piso. Sólo le vio el día en que dicho vecino acudió a despedirse de él, pues tenía que regresar a Australia. Sin embargo, dos años después, mi amigo tuvo que ir a Calcuta, y apenas entró en su hotel encontré con aquel vecino. Al año siguiente, mi amigo fue a Manila, a comprar cáñamo, y en cuanto pisó la calle de la Escolta, dióse de bruces con aquel vecino. Y lo volvió a encontrar en San Francisco, en Nueva York, en Cuba y en Quebec.

—Es curioso —rió Dunseth—. Puede que a nosotros nos ocurra algo parecido. Adiós.

Alejáronse los cuatro hombres, dejando a don César tumbado en la hierba, recibiendo los cálidos rayos solares, a quince metros de los restos de la diligencia y de los equipajes.

Al cabo de mucho rato, cuando ya no se veía a ninguno de los que se habían marchado, don César levantóse y con un listón que se había salvado de la quema, comenzó a hurgar entre las cenizas.

Dos horas después del asalto oyó el cascabeleo que anunciaba la proximidad de la otra diligencia. Entonces se apartó de las humeantes pavesas y aguardó a que apareciese el rojizo carruaje en cuyos costados se leía:

CAPITULO II

LA CASA DE LOS ORTEGA

Don César cruzó el umbral de la vieja mansión de los Ortega, sin poder dominar las emociones que los recuerdos traían hasta él [2].

No había pisado aquellos suelos, ni subido por aquellas escaleras, ni paseado bajo los arcos de la galería desde su accidentada asistencia a la fiesta dada en honor del gobernador de California. Nunca imaginó que un día aquella casa...

—Don César de Echagüe.

Una mujer le llamaba desde la puerta del salón.

—¿Qué tal, Elena? —replicó don César, yendo hacia la mujer que le tendía la mano—. ¡Siempre tan linda! ¿Dónde escondes los años que has ido cumpliendo desde los veinte?

Elena Ortega no representaba veinte años. Ella lo sabía y don César lo hubiera averiguado por sus propios ojos, aunque no hubiera conocido íntimamente a la nieta del primer Ortega que, adjunto a la Aduana de Monterrey se instaló en la ciudad. Todo el tráfico del extranjero con California pasaba por aquella aduana, y el primer Ortega se hizo rico muy pronto. Sin escrúpulos en cuestiones comerciales, supo aprovechar su cargo consiguiendo que la Aduana de Monterrey rindiera más al Gobierno y, a pesar de ello, aún diese de sí lo suficiente para que en veintitantos años, el primer Ortega. Ortega el Grande, como se le llamaba, se creara una sólida posición. De ella era muestra el magnífico palacio construido a la vista de la bahía. Su hijo conservó la fortuna del padre, sin acrecentarla, sin igualar la falta de escrúpulos del autor de sus días. La gente le llamó Ortega Chico u Orteguita. Aunque fue siempre un caballero, se le respetó mucho menos que a su padre, de quien todos opinaban que era un bribón.

—No sé esconder mis años, César —respondió la mujer—. Por lo menos represento los que tengo. Y a veces siento como si tuviera los

que represento, que es peor. ¿Buen viaje?

—Emocionante, por lo menos —sonrió don César—. ¿Te contó tu marido...?

—Sí —apresuróse a contestar Elena Ortega—. Es una situación muy desagradable.

—Recibí tu carta y he venido a ayudarte. ¿Qué necesitas?

Los ojos de Elena se inundaron de lágrimas; pero eran unos ojos tan grandes, que a pesar del sitio ocupado por el llanto, aún seguían siendo unos hermosos ojos.

Era Elena una mujer que a los treinta y ocho años conservábase más que bella, interesante. Su negro cabello estaba surcado por cientos de hilos de plata que se concentraban en los aladares, formando como dos gruesas bandas metálicas que se juntaban y retorcían en el alargado y colgante moño, adornado con una peineta de legítimo Carey. Los muchos dolores morales habían afilado sus facciones, evitándoles el reblandecimiento de las adiposidades tan comunes en otras mujeres que vivían más fácilmente que ella.

—Quiero vender este palacio, César.

—Es una locura, Elena.

—No tengo el suficiente dinero para ser sensata. Es muy fácil decir que no se debe hacer una cosa, cuando, como te ocurre a ti, dispones de dinero abundante. Para ti la vida no ha tenido dificultades. Ha sido buena contigo.

—A mucha gente le molesta la felicidad ajena. Supongo que tu caso es distinto.

—No me molesta que seas feliz, César —replicó la mujer—. Me alegro y... hasta te envidio un poco. Quisiera haber vivido tan fácilmente como tú.

—Hace años recibí una carta tuya, Elena, en la cual me aconsejabas valor y resignación ante los designios de Dios.

—Sí —murmuró Elena, con triste sonrisa—. Ya la recuerdo. Fue cuando murió Leonor; pero tú nunca has sido muy sensible.

—¡Eso no! —rió don César—. He sido hombre práctico, ¿no? Bien,

pues hálbale al hombre práctico.

Elena acusó el golpe.

—Perdóname —dijo—. He hablado de más. —Bajó la vista al suelo—. Sin embargo te aseguro que hasta ahora no me había dado cuenta de que al pensar en ti no pensaba sólo en un hombre práctico. En realidad, te veía como a un buen amigo. No lo digo para hacerme perdonar mi falta de discreción.

—Gracias. Comprendo tus sentimientos. Entonces quedamos en que te diriges al...

—Al amigo, César. Quiero vender esta casa. Todo el mundo sabe lo que significa este palacio para nosotros. Es como nuestra bandera. El día en que lo perdamos habremos confesado nuestra derrota.

—¡Bah! ¿Quién piensa en arriar el estandarte?

—Necesito mucho dinero.

—¿Para qué? No para comer, desde luego. Tenéis en vuestras tierras comida suficiente para mil Ortegas que vivieran y comiesen mil años seguidos. ¿Ropa? Tampoco necesitáis. Tenéis docenas de armarios llenos de la buena ropa tejida con la lana de vuestros corderos. Y si me dices que lo necesitas para pagar al servicio, te diré que no necesitas vender una casa para pagar a unos criados, ni para hacer frente a los gastos de estudios de Elliot.

—Es algo peor, César. Para todo eso no necesito ni la cuarta parte de lo que producen mis tierras. Pero mi marido está en un apuro terrible.

—¿Por qué no vende la línea de diligencias?

—La venta no le resolvería nada. Se necesita mucho más dinero.

—Sospecho que no quieres darme ninguna explicación.

—Prefiero callar. Mis razones son únicamente más.

—Quizá si me las expusieras me conmoviese y sacaras un precio mejor. Las mujeres tenéis una gran fuerza en los ojos, cuando os ponéis a llorar.

—Ya no sé lo que es llorar, César.

— ¡Siempre has sido una mujer notable!

—Cuando las lágrimas no resuelven nada, y no conmueven a nadie, ni siquiera a Dios, hasta una mujer se acostumbra a prescindir de ellas. He suplicado y he rogado de rodillas ante un hombre. Pudo haberme salvado y haberse salvado confesando la verdad, pero se escudó bajo una falsa nobleza y ahora todos sufriremos.

—Menos él.

—¿El? —El fino y aristocrático rostro de Elena se contrajo en amargo rictus—. Creo que no tiene sentimientos ni corazón.

—Bien, bien. Dime lo que me puedas decir. ¿Cuánto necesitas?

—Cien mil dólares. Eso mismo pedí a otro hombre que también se interesaba por la casa. Hace tiempo me ofreció ciento cincuenta mil dólares y rechacé la oferta. Ahora, como son otros tiempos, me ha ofrecido cincuenta mil, exigiendo que le conteste antes de mañana a mediodía si no quiero que su oferta sea menor.

— ¡Vaya comerciante! —sonrió don César—; pero no te preocupes, insiste en los cien mil y ya verás como él te los da.

—¿Quiere decir eso que tú no me los puedes dar? —preguntó lentamente Elena, cuya marfileña palidez acentuóse perceptiblemente.

—No, mujer; pero si puedes vender la casa a otro, yo lo preferiría.

—Si tú no aceptas, tendré que venderla por lo que ese hombre quiera darme.

—¿Hasta por cincuenta mil?

—Hasta por veinticinco mil la vendería.

—¿No dices que necesitas cien mil dólares?

—Necesito cien mil dólares; pero sobre todo necesito dinero en seguida. Ya vendí nuestras joyas. Vendí algunos de los cuadros mejores. Ahora me queda la casa y las tierras que la rodean. Ya conoces mi necesidad. Puedes aprovecharte y beneficiarte de ella. Si me das sesenta mil dólares te la venderé a ti; pero yo necesito cien mil.

—Es mucho dinero, Elena.

—Sé que lo tienes.

—Desde luego. Lo tengo porque no lo gasto alocadamente.

—Eres un hombre muy sensato. Ya lo dijiste antes. ¿No te horroriza ver con qué falta de sentido común hemos derrochado nuestra herencia?

—Elena, no me gusta el giro que toma esta conversación —bostezó don César—. Se ha hecho desagradable, humillante y ha despertado en mí deseos de escapar lo antes posible de Monterrey. Elena le miró desesperadamente.

—¡Por Dios, César, ayúdame! —pidió—. Quiero salvar mi hogar, mi familia, mi alma.

—¡Cuántas cosas se pueden salvar con cien mil dólares! —bostezó don César de Echagüe—. ¿Qué venderás cuando hayas terminado los cien mil dólares que piensas sacar de la casa?

—Ya no venderé nada más —dijo Elena, mientras su rostro adquiría una extraña rigidez—. Es mi último esfuerzo. Ya no haré ningún otro.

—Pues deja de hacer éste, mujer. Esta casa vale mucho dinero. Pero no vale tanto ahora como valdrá dentro de quince años. Vender ahora sería una locura imperdonable; porque tendrías que venderla a bajo precio. Pero las ciudades crecen, la civilización, o eso que llaman civilización, va llegando a California. Las herraduras ya no se pagan a peso de oro, como hace unos años. El dinero vale más, porque hay más cosas que comprar con él. Dentro de veinte años los precios de ahora parecerán descabelladamente altos, y estarán al nivel que ahora tienen en otros lugares. Y mientras entonces una botella de perfume valdrá veinte veces menos que ahora, cualquier terreno valdrá veinte veces más de lo que ahora vale. Porque en estos momentos faltan frascos de perfume y sobran terrenos.

—Necesito dinero y no consejos, César.

—Los consejos te los doy gratuitamente.

—Por lo menos eres generoso en algo.

—Modera tus ironías, Elena. Hoy yo puedo comprar por una miserable suma este palacio. Dentro de veinte años, tus hijos pasarán ante él, verán el escudo de los Echagüe al lado del vuestro, en la fachada de esta casa, y mascullarán, llenos de odio: «El tacaño,

usurero y chupasangre de don César compró por cien mil dólares lo que ahora vale un millón.» Y dirán luego que tú fuiste una mala cabeza, a menos que tú hayas explicado el motivo verdadero de la venta.

—Su padre necesita ese dinero para cubrir sus compromisos. Debe hacer honor a ellos.

—¿Y si no lo hiciera? Puede declararse en quiebra. Tus bienes nada tienen que ver con sus negocios.

—Mi abuelo estableció la primera línea de diligencias Monterrey a Fresno.

—Tu abuelo era un bribón, Elena, y no creo que el ver declarada en quiebra su compañía de transportes, le altere mucho en su sueño eterno.

—Los Ortega siempre han cumplido sus compromisos.

—Tu padre, solamente. Tu abuelo no.

—Yo he aprendido en la escuela de mi padre.

—No lo demostraste al casarte con un norteamericano.

—El corazón es independiente.

—¿Y la conciencia?

—No. Hay que hacer honor a los compromisos contraídos.

—¿Por quién? ¿No está la compañía a nombre de tu marido? Tú ya no eres una Ortega, sino una Murdoc. Son las nuevas leyes.

—Por favor, César. —Elena estaba frenética—. ¿Quieres o no el palacio?

—Mañana te contestaré. He de hacer números.

—Tu padre no hubiera hecho números —musitó Elena—. El era un caballero.

—Mi padre sólo se atuvo a una cosa: No vender jamás ni una vara de tierra, ni una casa, ni un rancho, ni un árbol. Para él la tierra tenía un gran valor físico y moral. Una vez me dijo, aunque imaginando que sus palabras me entraban por un oído y me salían por otro: «César,

hundir los pies de tus hijos en la tierra. Dales muchas leguas de campos, praderas, trigales, bosques y muchas casas. Todo bien hundido en la tierra, para que no puedan llevárselo. El dinero lo podrán gastar en otros lugares. La tierra es sólida y da solidez a quienes la cuidan.» Y es cierto, Elena. Tú quieres quitar la tierra a tus hijos para que rueden sin tener punto de apoyo. Mi padre no era buen financiero. Cuando tenía oro lo invertía en comprar fincas, y luego sólo tenía tierras. Mi padre hubiera podido, en una circunstancia así, ofrecerte más. Nunca tuvo mucho más. Sí ofrecía algo era ganado, talegas de trigo, balas de alfalfa. Cosas que todos tenían. Dinero nunca dio mucho, porque nunca tuvo demasiado. Lo lamentó y todos comprendieron que era sincero. Pero la verdad es que nunca pudo dar dinero a nadie. A veces sospecho que mi padre fue mucho más práctico que yo.

Don César dio unas cariñosas palmadas en la mano de Elena.

—Me marcho y te aseguro que procuraré hacer algo por ti. Lo último será comprar este palacio, aunque te confieso que me gusta mucho. Es lo único que los Echagüe no tenemos. Un buen palacio.

—Por eso pensé en ti —murmuró Elena—. Para los Echagüe, esta casa seguiría siendo un palacio. Para otros quizá no fuera otra cosa que un solar, un almacén o una casa de juego. Quisiera evitar a estas piedras la humillación de descender a una posición vergonzosa.

—Adiós, Elena. Saluda a tu marido de mi parte.

—Adiós, César. Y tú saluda a Lupe ya tus hijos.

Salió don César y, antes de abandonar la finca, dio un breve paseo por el jardín donde se diera la trágica fiesta.

CAPITULO III

JINETE NEGRO

Su costumbre de evitar el eco de sus pasos, colocó a don César en una inesperada situación que en cualquier otro, además de inesperada, habría sido apurada. Pasaba junto a un alto muro de mirto, cuando llegaron a él, del otro lado de los espesos arbustos, una voz de mujer y otra de hombre. La de éste le era familiar y, para enterarse de quién

era la dueña de la otra voz buscó una rendija entre las ramas del mirto y por ella vio a Bud Murdoc frente a una muchacha de unos dieciséis o diecisiete años, tan bonita como Elena Ortega y tan parecida a ésta como a Bud. La edad y el parecido indicaban sin lugar a dudas, que se trataba de Cruz Murdoc.

—Pues yo creo que la Justicia podría hacer algo contra Speck, papá.

—¿No ves que no hay pruebas concretas, chiquilla? Ya te he dicho que no puedo nada contra él. Es decir... —Murdoc se pasó la mano por la frente—. Puedo hacer una hombrada. Terminar con él y con esta situación.

—Eso no, papá, por favor —suplicó Cruz—. Todos te necesitamos.

Murdoc soltó una irónica carcajada.

—Estaríais mejor sin mí. Yo soy un obstáculo en vuestras vidas. Tu misma madre se alegraría de perderme.

—No hables así de mamá. Ha sufrido mucho...

—Sí, y yo sé por qué. Se arrepintió demasiado tarde de haberme elegido a mí en vez de elegir a Speck. Y a veces creo que ella y él están de acuerdo para empujarme al suicidio o a la muerte.

Los grandes ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas.

—¡No, papá, por favor, no digas estas cosas! Mamá es buena...

—Pero se ha cansado de soportar a una calamidad como yo. Tiene que vender esta casa para pagar lo que yo debo por culpa de Speck.

— ¿Qué importa vender la casa? Es demasiado grande para nosotros. Podemos ir a vivir en otra. ¿No tenemos una casa en Los Angeles?

—Un caserón lleno de arañas y de polvo.

—Lo limpiaremos.

—No he perdido nada en Los Angeles. Prefiero Monterrey.

—Pero si vendemos nuestra casa no podemos quedarnos aquí, papá. La gente no sabría cómo tratarnos. Si como ricos o como pobres. En cambio, en Los Angeles pasaríamos por ricos. Tenemos tierras que

cuidar...

—Olvida eso. Lo importante es salir de esta situación. He querido hablar contigo, Cruz, porque deseo que si me ocurre algo le digas a tu madre que hasta el fin intenté resolver su situación. Que yo hubiera querido evitarle tantas molestias.

—¿Qué vas a hacer? —gritó Elena.

—Buscaré a Speck en la calle o en otro sitio y le mataré o me matará. Si muero, todo quedará resuelto. Sí le mato, huiré a China.

Cruz Murdoc empezó a llorar copiosas lágrimas que se deslizaban por su redonda carita enmarcada por dos cortas trenzas. Don César la observaba críticamente. La chiquilla era ya una mujer; pero la rosa aún conservaba reminiscencias de capullo. La mezcla de las dos sangres había dado maravillosos resultados en Cruz Murdoc.

Como nada nuevo parecía poderse averiguar, don César se retiró de su puesto de espionaje y salió de la finca, preocupado e intrigado por lo que había oído.

—¿Coche, señor? —preguntó desde su alto pescante el conductor de un landó cuyos primeros años debieron de discurrir en alguna capital europea.

Don César prefería ir paseando. Tenía mucho en qué pensar.

—No. Muchas gracias —replicó.

El cochero no se dio por vencido:

—Es un buen carruaje, señor. Muy buenas ballestas

—Gracias, no me interesa —sonrió el hacendado—No es que desprecie su coche, amigo mío; es que prefiero andar. Tengo que reflexionar sobre algunos asuntos y...

—Lo hará mejor sentado, señor —insistió nuevamente el mestizo—. Examine los asientos. Vea lo limpio que están.

—Lo creo; pero deseo caminar.

El auriga no se daba por vencido.

—Por favor, caballero —pidió, amoldando el paso de los dos caballos al de don César—. Tenga la bondad de examinar el interior

del coche. Si después de con templararlo me dice que no le gusta, le prometo, por 1; Santísima Virgen de Guadalupe, que no insistiré más A veces rechazamos la suerte porque no nos damos cuenta de que pasa a nuestro lado.

—Tengo demasiada educación para decirle que su coche no me gusta. Por lo ¿anto no serviría de nada que yo lo examinase.

—Yo también he sido bien educado, señor —replico el cochero—. Si después de contemplar el interior de carruaje, usted me dice que sigue deseando pasear a pie, no insistiré. Comprenderé la verdad y haré repa sar nuevamente el coche.

—¿Palabra de honor? —sonrió don César.

—Palabra de honor —replicó el cochero.

Con una burlona sonrisa en los labios, don César se acercó al amarillo y negro landó, dispuesto a echar una breve mirada al interior del mismo, siguiendo la corriente al caprichoso cochero, y repetir luego su deseo de ir a píe, mas apenas acercó la cabeza a la ventanilla quedó inmovilizado por el legítimo asombro que le produjo tropezar con la maligna mirada de un revólver que empuñaba con firme mano un encubierto pasajero del landó.

—Suba —ordenó con apagada voz el pasajero, cuyo rostro estaba oculto por un lienzo negro en el que había dos aberturas para los ojos.

Don César recordó a los salteadores de la diligencia. La calle estaba desierta y él no llevaba ningún arma encima. Sin embargo antes de obedecer dirigió una mirada al cochero. Por lo menos a éste no le olvidaría.

—¿Se decide a subir, señor? —preguntó el mestizo, sonriendo de oreja a oreja.

—Sí. Creo que sí. Me has convencido.

—Estaba seguro de que apenas viese el interior de mi coche se decidiría usted, señor —replicó el otro.

Desde dentro, el ocupante del coche abrió la portezuela y apartóse hacia un rincón, para dejar sitio a don César.

—Siéntese —ordenó. Y luego—: Levante el cristal.

Obedeció don César, levantando el cristal que, como el de la otra portezuela, estaba pintado de negro, de forma que ocultaba a los de fuera cuanto ocurría dentro del vehículo. También observó que la portezuela se abría por dentro con ayuda de una llave que no estaba en el cerrojo. La fuga por sorpresa estaba fuera de lugar.

—Le suplico perdone esta mascarada, señor de Echagüe —dijo en buen español, el encubierto—. Es ridícula; pero necesaria. Le debe de recordar un poco a su compatriota el «Coyote», ¿no?

—No sé —suspiró el californiano. —Estoy tan preocupado por la suerte de mi piel, que no puedo pensar en nada más.

—No pienso causarle ningún daño —respondió el otro, guardando el revólver—. Al contrario, deseo pedirle un favor y hacerle otro.

—Tiene usted una manera algo rara de ofrecer favores y de pedirlos —sonrió don César, moviéndose como si sintiera un gran nerviosismo.

—Ya le he dicho que no debe temer nada de mí. Quiero hablar con usted. Este lugar es seguro para los dos.

—Quisiera compartir su optimismo, señor... ¿Cómo debo llamarle?

—¿A mí? —El encubierto se encogió de hombros—. Cualquier cosa. Llámeme, por ejemplo: el «Jinete Negro.» Visto de negro y suelo ir siempre a caballo.

—¿Incluso cuando asalta diligencias?

El encubierto hizo un movimiento, como si fuese a decir algo; pero, conteniéndose, volvió a su anterior postura, preguntando:

—¿Le han ofrecido el palacio Ortega?

—¿Puede aclarar su pregunta?

—¿Le ha ofrecido la señora Murdoc venderle el palacio Ortega?

—Sí.

—Pero a usted no le interesa comprarlo, ¿verdad?

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que usted prefiera.

—Me gustaría que lo adquiriese usted.

— ¡Ah! Lo adquiriré. ¿Tenía que decirme algo más?

—Sí. Usted no piensa invertir dinero en esa compra. Le repugna aprovecharse de la mala situación de una compatriota.

—Usted siempre acierta.

—Por escrúpulo de conciencia prefiere usted que la compra la haga otro.

—Exacto en todo.

—Me han hablado de su fino sentido del humor, señor de Echagüe. Ahora lo compruebo personalmente. Pero pierde el tiempo ironizando. Usted comprará el palacio y dará por él ciento cincuenta mil dólares. Los vale.

—No lo niego.

—Lo dice como si lo dudase o como si no pensara darlos.

—De nuevo acierta usted, señor «Jinete Negro.»

—Le puedo obligar a cumplir mis órdenes.

—Es posible —bostezó don César—; pero se ha des cubierto usted, señor «Jinete Negro.»

El otro llevóse precipitadamente la mano al rostro, para asegurarse de si llevaba o no la máscara.

—No me refiero a su cara —replicó don César—. Las caras se ocultan más fácilmente que los corazones. Usted no piensa matarme. Lo temí al principio y pasé mucho miedo. Soy hombre pacífico y tranquilo por excelencia. Me gusta la calma, la tranquilidad, la vida apacible. Mi debilidad está en la pelea. En cambio, mi fuerte está en el diálogo. Hablando soy capaz de plantarle cara a quien sea. En vez de llevar la lucha por su lado fuerte, la llevo por el mío. El hombre dispuesto a discutir está dispuesto a ceder.

—No he pensado matarle. Pero pensé que si le pedía que subiese al coche usted no me haría caso.

—Seguramente no.

—¿No quiere comprar el palacio Ortega?

—No lo he decidido aún. Vale mucho dinero.

—¿Cuánto daría usted por él?

—Sesenta y cinco mil dólares los daría a ciegas.

—Yo quiero que dé ciento cincuenta mil. Aquí tiene la diferencia.

El desconocido sacó tres fajos de billetes de mil dólares. Cada fajo estaba sujeto con una banda de papel sobre la cual se leía 25.000 \$.

—Aquí tiene la diferencia, señor Echagüe.

Por primera vez en su vida, don César sintióse verdaderamente sorprendido. Era también la primera vez que le obligaban, casi revólver en mano, a aceptar dinero.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó, sin decidirse a guardar los setenta y cinco mil dólares.

—Compre el palacio Ortega al precio que pide por él su dueña.

—La verdad es que... no entiendo nada, señor —murmuró don César, mirando los billetes como sospechando que pudieran ser falsos.

—No le he pedido que entienda, sino que tome el dinero y lo use para el fin indicado.

—Pero yo no puedo comprar un palacio con dinero de otro y quedármelo. Tampoco puedo comprometerme a devolver una cantidad que supera a mis fines.

—No me ha de devolver nada, señor de Echagüe. Trato de hacer una especie de obra de caridad. Sé que nadie daría tanto por el palacio, y que la señora de Ortega lo tendría que vender a cualquier precio. Pero la señora de Ortega es demasiado orgullosa para aceptar ayuda de nadie. Compre usted el palacio a su propio precio y páguelo al precio de la señora Ortega. Luego olvide lo ocurrido. Yo nunca le reclamaré este dinero. Ya ve que se lo entrego sin recibir recibo alguno. Y tampoco cometo la tontería de amenazarle con duras represalias si no cumple mis órdenes. Sé que no es usted capaz de quedarse con un dinero que no es suyo. Y, como ya todo se ha dicho entre nosotros, me despido de usted. Mi cochero le conducirá a su

alojamiento. Adiós y... muchas gracias.

—En todo caso, gracias a usted, señor Jinete Negro.

El otro se echó a reír.

—Olvide eso del Jinete Negro. Es cosa de novela, como lo del «Coyote.»

El desconocido abrió la portezuela del coche y saltó al suelo, metiéndose en seguida en un estrecho callejón de la parte antigua de Monterrey. Don César no tuvo tiempo de ver dónde se metía, pues el carruaje siguió su camino y, por otra parte, las portezuelas estaban cerradas de forma que no podían abrirse sin llave.

Al cabo de diez minutos el landó se detuvo frente al hotel donde se hospedaba el señor de Echagüe. El cochero saltó del pescante y abrió la portezuela, preguntando con amable sonrisa;

—¿Le gustó el viaje, señor?

—Mucho. Por primera vez he ganado dinero yendo en landó.

—Ya le dije que mi coche era único, señor de Echagüe.

—Cuando volvamos a vernos no dudaré tanto en aceptar su invitación.

—Tal vez no volvamos a vernos nunca más —sonrió el mestizo.

—Pues si fuera así, quiero que guarde buen recuerdo mío. Tome, para que beba a mi salud.

Don César tendió al mestizo un billete de quinientos dólares que el hombre aceptó con amplia y codiciosa sonrisa, que de pronto se trocó en expresión de alarma. Guardando el dinero, saludó nerviosamente a don César y se alejó sin volver la cabeza.

El hacendado comprendió que la alarma del mestizo no se había producido por su espontánea generosidad; pero tampoco hizo nada por averiguar inmediatamente la causa. Pausadamente se volvió hacia la puerta principal del hotel y tropezó con las escrutadoras miradas de Lyde, Vance y Nicolás Oken, sus compañeros de viaje.

—Buenos días, don César —saludó el más bajo, tosiendo nerviosamente—. ¿Hizo usted un buen viaje?

—Incómodo —replicó el californiano—. El coche estaba lleno y mi aparición no despertó ningún entusiasmo entre los viajeros. Tuve que instalarme en el techo, en medio de los equipajes. Por fortuna ya sólo es un recuerdo. ¿Y ustedes? ¿Terminaron felizmente su viaje?

—Sí. Muy felizmente —rió Vance—. Ahora estamos esperando que se nos paguen nuestras pérdidas.

—¿Perdieron mucho? —preguntó, extrañado, don César, que recordaba lo reducidísimo del equipaje de los viajeros.

—Muchísimo —volvió a reír Vance—. Como todo se destruyó, nuestra palabra ha de ser aceptada.

—¿Conoce usted al conductor del coche en que ha venido? —preguntó Oken, abordando al fin el problema que intrigaba a don César.

—Hoy le he visto por primera vez.

—Le dio usted una magnífica propina —observó Oken, sin mirar a su interlocutor.

—No fue propina, sino préstamo —replicó el californiano—. Me habló de que deseaba comprar otro carruaje y le presté el dinero.

— ¡Qué generosidad! —ironizó Vance.

—Es un préstamo con intereses. —replicó el californiano—. No hay ninguna generosidad, sino simple cálculo.

—¿Le firmó algún documento? —preguntó Oken.

—No creo que sepa firmar ni leer —contestó don César—, pero sí sabe cumplir su palabra. No faltará a ella.

—Yo no me fiaría de ese hombre —observó Oken—. Es un mestizo.

—Para nosotros el color de la piel importa poco. Buenos días.

—Hasta la vista, don César de Echagüe —replicaron los dos hombres, cuyas miradas siguieron al californiano cuando éste entregó en el despacho de recepción 75.000 dólares para que fuesen ingresados en cuenta corriente.

LA MARCA DEL «COYOTE»

César escuchaba las indicaciones de su padre. Había llegado a Monterrey para reunirse con él y ahora iba a poder serle útil.

—Estaba asomado a la ventana cuando llegaste —dijo—. Vi al cochero y me fijé en él, sobre todo porque me extrañó que le dices tan buena propina. No me costará reconocerlo.

—Realiza tus pesquisas con el mayor cuidado, César. Ten en cuenta que puede haber otros ojos y otros oídos atentos a lo mismo que tú vas a buscar. Un paso en falso resultaría peligroso para mí.

—Usaré más los ojos que la lengua. ¿Dónde nos reuniremos?

—En el palacio Ortega, al anochecer —dijo don César.

Salió su hijo y don César abrió una parte del equipaje que le había aguardado en Monterrey. En un doble fondo de un baúl estaba el traje y las armas que tal vez necesitaría pronto...

El sonar de unos nudillos contra la puerta le obligó a interrumpir precipitadamente su examen. Cerró el baúl y fue a abrir la puerta, hallándose frente a un inesperado visitante. Era un hombre joven, de no más de veintitrés años, de enérgica expresión y rostro franco.

—¿El señor Echagüe?—preguntó.

—Sí —contestó don César—. ¿Por qué?

—¿Puedo entrar? Necesito hablarle de un asunto privado.

Apartóse don César y el visitante entró en la congestionada habitación, muy a la moda victoriana, o sea rebosante de recargados muebles, cortinajes y peluche,

—Me llamo Marden —explicó el visitante—. Felipe L. Marden, y pertenezco al servicio de Correos.

—¿Qué representa la L.? —preguntó don César.

—López —rio Marden—. Pero me decidí abreviarlo al ver la cantidad de López que hay en California. Todos se consideraban

parientes míos al saber que yo era agente federal.

—¿Era mejicano su padre?

—No. Cubano. Pero yo nací en Boston. Mi madre es americana.

—Siéntese y dígame a qué debo el honor de su visita.

—¿Me permite que me asegure de que la puerta está cerrada? —preguntó Marden.

Lo hizo sin esperar el permiso de don César, y luego, sentándose frente al hacendado, pidió:

—Hablemos en voz baja.

—¡Estamos en día de misterios! —rió don César. —¿Qué quiere decir? —inquirió Marden.

—¡Oh, nada! Un simple comentario. Arrellanándose en el sillón, don César esperó a que su visitante iniciara la explicación del motivo de su visita. Marden aguardó un momento una mejor explicación del comentario del californiano y, por fin, como no la recibiese, empezó:

—Mi visita se relaciona con el incidente en que se halló usted ayer. Me refiero al asalto de la diligencia.

—¿Sí?

—Sí. ¿Tiene usted algo que decirme?

—No sé. Puedo decir, por ejemplo, que me llevé un susto muy grande y que no es agradable que a uno le interrumpan así el viaje. Que me molestó mucho presenciar la muerte de los caballos.

—No me refiero a esos detalles —interrumpió Marden—. Ve a mis credenciales.

El joven mostró sus documentos de identidad que le proclamaban agente federal adscrito al servicio de Correos con el grado de capitán.

—Es usted muy joven para haber llegado tan alto en su graduación —observó don César. .

—He tenido suerte. He resuelto algunos misterios. Usted tal vez no ignore que asaltar un vehículo que transporte correspondencia es un delito federal que escapa a las atribuciones de las autoridades del

Estado en que ocurra el hecho.

—Lo he oído decir.

—Desde hace algún tiempo las diligencias de Murdoc-Express han sufrido varios asaltos, en los cuales se han destruido las sacas de la correspondencia y la caja de los valores declarados.

—Lo he oído decir.

—Al servicio de Correos esas destrucciones le ha costado doscientos veinte mil dólares aproximadamente. Hemos tenido que reembolsar sus pérdidas a cuantos enviaron valores declarados. No es ninguna novedad que ocurran asaltos a las diligencias; pero en este caso los asaltos se repiten con sospechosa frecuencia.

—¿Y tengo yo algo que ver con ello?

—No, señor. Su hermano político, el señor Greene, me ha hablado mucho de usted y en realidad no esperaba yo tener la suerte de que usted se hallara relacionado con este caso.

—Si Edmonds le ha hablado de mí, le habrá dicho que soy enemigo de complicar mi vida.

—Sí. Me ha hablado mucho de usted y sé que odia todo cuanto sea alterar sus costumbres. Por ello sólo quiero que responda a algunas preguntas.

—¿Como posible testigo? —inquirió, con fingida alarma, don César.

—No. Estamos buscando la solución del misterio y el castigo de los culpables. Lo que usted puede aclararnos nos servirá para nuestras investigaciones. Si capturamos al culpable encontraremos pruebas sobradas para condenarle. ¿Ha oído hablar de la enemistad entre las empresas Murdoc y Speck?

—Sí.

— ¿Qué opina?

—Nada. Mi opinión es la de un novato.

—¿Amigo de la señora Murdoc?

—De antes, sobre todo.

—Se dice que va a comprar el Palacio Ortega.

—Pienso hacerlo.

—¿Como amigo o como financiero?

—Pienso hacer un favor y beneficiarme de él.

—¿Le ha dicho algo la señora Ortega?

—Me ha dicho algo.

—¿Acerca de los asaltos a las diligencias?

—Sí. Han colocado a su marido en una situación desesperada.

—Eso es muy raro, ¿no?

—Lo raro sería que lo hubieran puesto en buena situación.

—Hace años aseguró coches y caballos. La póliza de seguros subsiste y no tiene justificación alguna esa mala situación del señor Murdoc...

—De eso nada sé.

—Si le he hablado de ello ha sido por como me habló de usted el señor Greene. Sé que mis palabras no serán repetidas a nadie.

—Procuraré no repetirlas.

—¿Puede darme ahora una versión exacta de cómo se produjo el ataque a la diligencia?

Don César repitió detalle por detalle lo ocurrido.

—¿En ningún momento demostraron los salteadores intención de llevarse la caja del dinero?

Don César movió negativamente la cabeza.

—Es raro que destruyan siempre el dinero y la correspondencia —comentó Marden—. No es lógico.

—Si se trata de rivalidades comerciales, tal vez los atacantes no quieran exponerse a ser acusados de ladrones.

—Tanto da que se les acuse de robar el correo como de destruirlo.

Además, al matar al conductor y al guarda ya cometen delito suficiente para ir a la horca por delito contra las leyes del soberano Estado de California. El robo del dinero no empeoraría su situación. ¿Está seguro de que no lo robaron?

—Estoy seguro de que las sacas y la caja fueron, quemadas sin ser abiertas.

Marden movió la cabeza.

—No lo entiendo —dijo—. Sin embargo, tiene que existir una justificación. No es lógico ese comportamiento.

—Ya le he dicho lo que vi.

—Temo que no me lo haya dicho todo, don César.

—Conscientemente no oculto nada.

—¿Por qué se quedó junto a la diligencia en vez de marchar con los otros?

—Ya se lo he dicho. Estaba cansado.

—¿Durante el rato que estuvo solo no examinó nada? ¿No revolvió las cenizas con un listón de madera?

—Sí; siempre me ha gustado revolver entre las cenizas. Pensé que podría encontrar alguna moneda.

—Nosotros también revolvimos entre las cenizas —explicó Marden—. No encontramos nada y se me ocurrió que tal vez la causa de que no encontrásemos nada estaba en que ya usted lo había encontrado todo.

—Le aseguro que no encontré nada.

—Muchas gracias —sonrió Marden—. Me ha dicho cuanto deseaba saber.

—¿Le he dicho algo? —preguntó don César, sin fingir su sorpresa.

—Sí. Me ha dado una pista. Y lamento que ya no sea posible mantenerle apartado de este asunto. Aunque yo no quisiera hacerle acudir ante un tribunal, los otros le harían ir.

—¿Qué otros?

—Los acusados. Cuando se envía por correo algo que el fuego no puede consumir, es lógico que se encuentre entre las cenizas.

—No lo entiendo —mintió don César.

—Así lo deseo. Sería peligroso que lo comprendiese. ¿Cuándo verá usted a la señora Murdoc?

—Esta noche.

—Seguramente coincidiremos.

De nuevo unos nudillos llamaron a la puerta.

—¿Quién? —preguntó don César.

—Una carta para usted, señor —contestó uno de los empleados del hotel—¿La echo por debajo de la puerta?

—No es necesario —dijo Marden—. No importa que me vean. Adiós.

El mismo abrió la puerta y se hizo a un lado para que el camarero entregase el mensaje a don César. Luego, sin esperar a que el californiano se enterara del contenido de la nota, salió de la habitación.

Después de dar una propina al criado, don César volvió a cerrar la puerta y abriendo el pliego leyó su contenido, que difícilmente hubiera podido ser más breve:

«El mestizo se aloja en la taberna de Jacinto. Habitación 7.»

La coincidencia hizo sonreír a don César. En la taberna de Jacinto murió Overbeck a manos de Clarke [3], Y él mismo estuvo a punto de quedar acorralado y caer en manos de sus enemigos.

Sin perder más tiempo, y después de haber cerrado con llave la puerta de la habitación, don César cambió de traje. Se puso uno negro, similar a los que usaban la mayoría de los norteamericanos, luego guardó en un bolsillo el antifaz. Era casi mediodía y le hubiera resultado muy difícil poder moverse por Monterrey vestido de «Coyote.» Se puso un sombrero ancho, de fieltro, del modelo

popularizado por la guerra. Después de ella, los oficiales se acostumbraron a usar el sombrero militar, después de librarlo de las insignias de su grado. Era como una patente de heroísmo, que fue copiada inmediatamente y extendida por todo el país. Pero don César llevaba además otro cubrecabezas. Una gorra inglesa de paño que guardó en el bolsillo.

La taberna de Jacinto conservaba este nombre, aunque su actual propietario ya no se llamaba así. Seguía oliendo a ajo, a cebolla, a pimentón picante, a frituras y a vino. Cuando don César entró en ella lo hizo cubierto por el gorro inglés, ocultando el rostro y buscando los oscuros rincones en que tanto abundaba el local. Era la hora de mayor aglomeración de clientes y nadie se fijaba en nadie.

Don César subió al primer y único piso y buscó en la penumbra la habitación número siete. Tenía que ser la cuarta de la izquierda. Pero al llegar a la segunda le detuvo un golpe como de un cuerpo al caer contra el suelo y, un grito de dolor.

— ¡Dime lo que hiciste para que te dieran tantos dólares! —ordenó una voz.

—Nada, señor, le aseguro que no hice...

Otro golpe ahogó la voz en un gemido; pero don César había identificado ya a los que hablaban. Aceleró el paso y llegó ante el número siete, cuando a través de la puerta llegaba la furiosa voz de Lyde Vance, exigiendo:

—¿Hablarás de una vez?

—Lo vas a matar —dijo Nicolás Oken, cuya tos había sonado un momento antes.

Don César se ajustó la gorra, se aseguró el antifaz y cuando sonó un nuevo golpe abrió de un empujón la puerta, entrando en el reservado con el revólver en la mano.

— ¡Quietos! —ordenó.

Lyde Vance soltó al mestizo, en cuyo rostro abundaban las huellas de los golpes recibidos, y llevó la mano hacia su revólver, como sin advertir la ventaja que sobre él tenía el enmascarado.

—Gracias, patrón, gracias —dijo el mestizo, deslizándose fuera del cuarto, mientras el «Coyote» disparaba un balazo de aviso contra la

oreja izquierda de Lyde Vance, y, en seguida, otro contra la de Oken.

La buena puntería demostrada por el enmascarado, y el punto elegido como blanco, descubrieron su identidad.

— ¡El «Coyote.»...! —tartamudeó Vance, mientras Oken se limitaba a contener con la mano la sangre que manaba de su mutilada oreja.

Lyde Vance estaba demasiado asombrada para hacer nada por contener su propia hemorragia.

Ya se oían pasos y gritos de alarma en la taberna, y don César no deseaba ser encontrado allí ni tampoco tener que abrirse paso a tiros. Retrocedió de un salto, cerró la puerta, corrió hacia la habitación frontera, la abrió, de un empujón tan fuerte que ni se dio cuenta de que había hecho saltar el pestillo, hasta que un femenino grito de alarma le advirtió de que se había metido en una habitación ocupada por una mujer que le miraba por encima del traje que presentaba como barrera. Al descubrir el antifaz que ocultaba el rostro de don César lanzó un nuevo grito y escondió incluso la cabeza tras el traje.

El «Coyote» alcanzó en tres zancadas la ventana y dé un salto fue a caer sobre el tejadillo de un cobertizo donde se guardaba la leña. Otro salto le dejó en tierra y una breve carrera le llevó hasta el callejón donde había ocultado el sombrero. Se lo puso, quitóse el antifaz y dando un breve rodeo volvió a entrar en la taberna.

—¿Qué ocurre? —preguntó a uno de los camareros.

—Han herido a dos hombres arriba.

—Dicen que era el «Coyote» —anunció otro.

El que hablaba con don César movió negativamente la cabeza.

—No lo crea, señor —dijo—. Porque hace años el «Coyote» anduvo repartiendo sablazos por esta casa, ahora siempre que ocurre algo se lleva el «Coyote» la fama. ¿Tiene reservada mesa?

—Allí está mi hijo —replicó don César—. Supongo que debe de haber pedido la comida para los dos.

—¿Qué ha pasado? —inquirió en voz baja César—. Temí...

—Nada. Un inesperado tropiezo. Dos orejas marcadas. No te

preocupes. Ellos han llevado la peor parte.

Un momento después bajaron Lyde Vance y Nicolás Oken. Ambos habíanse improvisado unos toscos vendajes en las orejas.

—¿Quieren que avisemos al *sheriff*? —preguntaba el dueño del establecimiento.

—No, no —contestó Oken—. No ha sido nada.

—Llevan la marca del «Coyote» —dijo una voz entre los comensales.

Como si les hubieran aplicado un espolazo, los dos hombres salieron apresuradamente de la taberna, dejando tras ellos un murmullo de comentarios.

CAPITULO V

LAS VISITAS A ELENA

Felipe L. Marden movió la cabeza.

—Lo lamento, señor Murdoc; pero la situación está muy confusa. Las acusaciones que usted insinúa son muy graves y carecen de toda base.

Bud Murdoc se paseaba nerviosamente por la sala, frente a su visitante.

—¿Qué otra explicación puede darme? —preguntó.

—Yo no debo dar explicaciones, señor Murdoc —replicó Marden—. Yo sólo he venido a realizar una investigación. Mi informe ha de ser imparcial.

—¿Cómo estará redactado? —preguntó Murdoc

—En líneas generales aconsejaré se retire a usted la concesión del correo.

—Eso sería la ruina de mi línea de diligencias.

—No hay otro remedio. El correo ha perdido mucho dinero en pago de envíos asegurados. En mi informe aconsejaré que se le exija a usted el reembolso de dichas cantidades.

Murdoc se detuvo como fulminado por un rayo.

—¿Qué dice? ¿Está loco? ¿Cómo puedo yo pagar esas cantidades?

—Eso es asunto suyo, señor Murdoc. Además, yo sólo me limitaré a dar mí opinión. La Oficina Central dirá la última palabra y hará lo que considere más justo. Yo no puedo dejar de cumplir con mi deber.

—Sospecho que Speck le ha pagado muy bien su buen deseo de cumplir con su deber.

—Me está ofendiendo sin motivo, señor Murdoc —replicó Marden levantándose—. Si no retira en seguida sus palabras tendré que exigirle una satisfacción en cualquier terreno.

—Si mi marido no se la da, se la ofreceré yo, señor Marden —dijo Elena, entrando en el salón.

—¡Señora! —saludó Marden, inclinándose—. Lamento haber levantado la voz...

—Les he estado escuchando —respondió Elena.

—¡Mujer...! —protestó Murdoc.

—Por favor, cállate —pidió Elena—. Ya es hora de que se resuelva esta situación de una vez para siempre. Hay que terminar con lo de las diligencias. Escribe una carta a gusto del señor Marden para que él se la lleve y presente tu renuncia en Washington.

—¿Pretendes que el servicio pase a manos de Speck?

—Eso me tiene sin cuidado, Bud. Quiero que tú te alejes de ello. Y no tanto por ti, ni por mí, como por nuestros hijos.

—Veo que la traición ha entrado en mi propia casa —dijo, despectivo, Murdoc.

—¿Puedes hacer otra cosa? —preguntó Elena.

—Puedo luchar —gritó Murdoc—. Puedo denunciar públicamente a

ese hombre. Puedo decir de qué medios se vale para arruinarme y poner en entredicho mi honor.

—Con ello nada resolverá usted, señor Murdoc —replicó Marden.

—Pagaremos lo que se deba al Correo —dijo Elena—. Indemnizaremos las pérdidas.

— ¡No queremos hacer eso! —protestó Murdoc—. ¿De dónde sacaremos el dinero necesario?

—Creo que su esposa ya tiene prevista esa contingencia, señor Murdoc —replicó Marden—. No me gusta forzar las cosas, pero en esta ocasión no tengo más remedio. El Correo debe llegar a su destino. Y si no sabe usted defenderlo, no podemos seguirlo confiando a su cuidado.

—Esa línea ha sido mi ruina —se lamentó Murdoc—. Debí haberme desprendido de ella hace tiempo.

—Hubiera sido un bien para muchas personas. Si renuncia usted voluntariamente a la línea y ofrece pagar los giros perdidos, le aseguro que por mi parte cesarán las investigaciones.

—Lo dice como si yo pudiera temer algo de sus investigaciones —dijo Murdoc.

Marden se encogió de hombros.

—Eso no es asunto mío —dijo—. Ignoro si realmente debe usted temer que continúen mis investigaciones, pero sí le puedo asegurar que he descubierto lo suficiente para predecir que alguien tendría que lamentarlo.

—Yo no —dijo altivamente Murdoc—. Mi conciencia está limpia.

—Pues usted tiene la palabra. De todas maneras, el servicio lo perderá, pues no podemos confiarlo a quien no sabe protegerlo. Ya se lo dije antes. Sin embargo, si usted quiere que todo se aclare, le diré que ese es también mi deseo.

—Olvidemos ese desgraciado asunto —intervino Elena—. He puesto en venta esta casa y venderé cuanto haga falta para pagarlo todo. No quiero seguir así.

—Está bien —dijo Murdoc—. Pero que conste que si cedo es por ti

y porque yo tampoco quiero llevar demasiado lejos ciertas investigaciones.

—¡Bud! ¡Me estás ofendiendo delante de un extraño!

—Mi buen nombre ha sido puesto en tela de juicio,

Elena, y mi paciencia tiene un límite.

Un criado entró, anunciando;

—El señor de Echagüe pregunta por la señora.

—Me retiro —dijo Marden.

—Yo le acompañaré —ofreció Murdoc.

—¡No! ,—pidió Elena—. Quédate. Y usted no se marche, señor Marden. No esperaba hasta mañana al señor Echagüe. El que venga ahora debe significar algún cambio en su opinión acerca de la compra de esta casa. Si decide no comprar, sabré a qué atenerme y se lo podré decir a usted en seguida. Y si compra, también le podré decir cuál es mi situación. Mi hija le atenderá.

Dirigiéndose al criado, Elena siguió:

—Acompaña al señor al salón de música y avisa luego a Cruz para que baje a atenderle.

—No se moleste. Puedo esperar solo...

—No es molestia, señor Marden. Sólo le ruego que no explique a mi hija lo que ocurre.

—Ya sabe bastante de ello —observó Murdoc.

—Prefiero que no sepa más. Ve a decir a don César que entre.

Salió Felipe L. Marden con el criado, y Murdoc le siguió hacia el vestíbulo, para regresar un momento después acompañado de don César de Echagüe.

—¿Me traes buenas noticias? —preguntó Elena al verle.

—Sí —asintió don César—. Creo que te parecerán buenas noticias.

Elena lanzó un irreprimible suspiro de alivio.

—Se me antojaba una eternidad el esperar hasta mañana —dijo—. Ya conoces a mi marido, ¿verdad?

—Sí. Nos conocimos hace tiempo y además hicimos juntos el viaje desde Fresno.

—Es verdad —Elena movió la cabeza—. No sé cómo tengo la cabeza. ¡Dios mío! Bien. ¿Qué noticias traes, César?

—Compro el palacio, pero no puedo ofrecerte lo que me pediste, Elena.

—¡Ooh! —suspiró la mujer—. Comprendo. Pero no lo esperaba de ti.

Don César fingió no darse cuenta de lo que pensaba Elena.

—Es un precio inverosímil —dijo.

Murdoc intervino:

—¿Cuánto le pidió mi mujer por esta casa? —Cien mil dólares.

—¿Y no los vale?

—Vale mucho más —sonrió don César.

—Pero usted no quiere darlo, ¿verdad?

—Yo no puedo dar lo que vale en realidad, pero sí puedo elevar mi oferta a doscientos mil.

—¡Eh!... ¿Qué dices? —Elena le miró incrédula—. Pero yo no pedí tanto...

—Mi intención era ofrecerte ciento veinticinco mil —dijo don César, sin faltar a la verdad—; pero luego se presentaron las cosas de otra manera, recibí algo que no esperaba y pensé que debía emplearlo en ayuda a una amiga. Te daré el dinero cuando tú quieras.

—Mañana por la mañana se lo puedes entregar al señor Marden. Vamos a retirarnos del negocio de las diligencias y saldaremos nuestras deudas.

—Yo creo que es una locura, Elena —dijo Murdoc.

—Sé lo que debo hacer, Bud —replicó la mujer—. No quiero que

mis hijos tengan que avergonzarse de nada.

—Eso mismo deseo yo —dijo Murdoc—, y... la verdad, me sorprende un poco tanta generosidad por parte de don César de Echagüe.

—Cosas de la raza, señor Murdoc —replicó el californiano—. Somos así. Inevitablemente.

—Pero usted no se parece a los demás.

—Simples apariencias, señor Murdoc. En el fondo soy idéntico.

—Pero tanta generosidad cuando no se pide... ¿O es que representa usted a alguien?

—A mí mismo y a nadie más. Me gusta este palacio y estoy dispuesto a pagar su precio. No me gusta abusar de mis amigos y de sus malas situaciones. Por lo tanto, doy lo que considero justo.

—Bien —Murdoc encogióse de hombros—. ¿Qué vamos a hacer? Alguna vez teníamos que fracasar en algo. Los yanquis tenemos fama de triunfadores en todas nuestras empresas.

—Las famas no siempre responden a la realidad —replicó don César—. Mañana, Elena, te esperaré en casa de tu notario para arreglar lo más legalmente posible esta situación. Si alguna vez cambia tu situación y puedes recobrar tu palacio, ten la seguridad de que podrás comprarlo casi por el mismo precio que yo pago por él.

—Muy generoso, señor de Echagüe —ironizó Murdoc—. Ya veremos si la realidad responde a lo dicho o si se trata simplemente de palabras sin valor alguno.

—Yo nunca he pronunciado una palabra que no tuviese todo su valor, señor Murdoc —replicó don César—. Puedo bromear, pero las bromas tienen su límite. Sin embargo, lo que digo de palabra lo repetiré por escrito. Si un día cambia su situación económica, podrán recobrar el palacio.

—No, César, no —contestó Elena—. Yo renuncio para siempre a esta casa. Sé que es imposible recobrarla y no quiero alimentar falsas ilusiones. Sería tonto. Cuando se da un paso abajo, difícilmente se puede recobrar lo perdido. Yo no podré hacerlo. Y mis hijos, si lo consiguen, querrán conquistar otras cosas. Sé que a ti te ha gustado siempre esta casa, que incluso guarda para ti malos recuerdos. O

buenos. ¿Quién sabe? Sé que tú cuidarás de lo que queda en ella y que no arruinarás más sus tesoros. Incluso me gustaría podértela regalar.

—Tengo yo la culpa de ser un mal comerciante —gruñó Murdoc—. Debiste casarte con Speck. El, por lo menos, demuestra mucha más listeza que yo. Ha ganado mucho dinero y... no se acordó de casarse. Si me ocurriera algo te podrías casar con él.

Elena le miró fijamente. Estuvo a punto de hablar, pero se contuvo y moviendo la cabeza suspiró:

—No te das cuenta de lo terrible que es lo que estás diciendo, Bud. Y tampoco comprendes la gravedad de nuestra situación. O tal vez no quieras comprenderla. Adiós, César. Gracias por todo lo que haces por nosotros.

CAPITULO VI

CHARLIE SPECK

Charles Speck levantó la vista de los libros de contabilidad que estaba revisando. Los pasos que sonaron en el pasillo y luego dentro de su amplio y lujoso despacho le eran tan conocidos que no tuvo necesidad de interrumpir en seguida el repaso de la suma de la larga columna de números.

—¿Qué pasa, Eloíso? —preguntó al mejicano que esperaba frente a su mesa, con las manos cruzadas sobre el vientre y sosteniendo un ancho sombrero de paja. Mientras sus estrechas caderas aparecían enmarcadas por dos enfundados Colts pendientes de dos cananas abundantemente surtidas, su amplio torso estaba cruzado por otras dos cananas igualmente rellenas de «parque» de mayor calibre.

—Una dama quiere verle, patrón —contestó Eloíso en castellano.

—¿Quién es? —preguntó Speck.

—Pues no sé qué decirle, patrón —respondió el mejicano con fugaz e intencionada sonrisa—. Trae el rostro tan tapado que sólo se vislumbra algún relampaguito en sus ojos. Y no ha querido ni mentar su nombre.

—¿Y no sospechas quién puede ser? —preguntó Speck.

—No, patrón. Desde luego no es ninguna de las que han venido otras veces. Esta huele a señora.

— ¿Por qué dices que huele a señora?

—Porque no huele *a na*, que es a lo que huelen las verdaderas señoras... en mi tierra.

—¿Eso quiere decir que las *otras* no eran señoras? —rió Speck, a quien le encantaba la franqueza y la fidelidad del mejicano.

—Usted que las *cató* debe de saber si eran buenas o malas.

—Tienes razón, Eloíso. Eran pasatiempos. ¿Te ha dicho a qué viene?

—Sólo quiere hablar con usted, pero no quiere decir a nadie más el motivo de su visita.

—¿Es peligrosa?

—Todas las hembras son peligrosas, patrón, porque uno nunca sabe por dónde se arrancarán; pero esa no parece venir en son de guerra.

—¿Qué aspecto tiene? ¿Rica o pobre?

—Viene muy arrebujaada y no se le ve la calidad, pero trae buen embozo y buenos zapatos. Por lo demás no tiene más que recibirla y convencerse de si vale o no vale.

—Es que me gusta saber antes qué clase de persona me visitará. Es como resolver un rompecabezas sin necesidad de mirar el modelo. Hazla pasar y quédate en el escondite por si es necesaria tu intervención. No olvides que es una mujer y si es necesario actuar...

—No la haré sufrir, patrón —rió Eloíso, descubriendo su mellada boca.

Speck se levantó y de un cajón de su mesa sacó un *derringer* de dos tiros, que guardó en el bolsillo de su chaqueta de pana. Era Charlie un hombre de cuarenta y tres años, muy atractivo, con los aladares y el bigote grises y el resto del cabello de un negro intensísimo. Bien proporcionado y muy elegante, emanaba vigor físico y moral, aunque en su rostro se advertía como un aura malévola y peligrosa. Tenía fama de ser un donjuán y de que ninguna mujer se le resistía.

La que entró en su despacho quedó unos instantes junto a la puerta, que se cerró tras ella. La luz de las lámparas que pendían del techo ponía dorados reflejos en su oscuro manto, con el cual se envolvía, a la moda mejicana, la cabeza, casi todo el rostro, y luego el traje, casi hasta las rodillas. La lámpara de encima de la mesa proyectaba verdosos reflejos sobre la parte visible de la cara.

—He venido a hablar contigo, Charlie —dijo la visitante, dejando caer el embozo.

Speck dio dos pasos hacia ella, exclamando:

—¡Elena! ¡Por fin has venido!

—Tenía que hablar contigo, Charlie —repitió la mujer—. No puedo soportar más esta situación. No quiero que prosiga el engaño y la mentira. Prefiero afrontar abiertamente la verdad, la odiosa verdad.

—Elena, no hables así. La verdad es demasiado fea para que a ti y a mí nos interese que se divulgue.

Acercándose más a Elena Ortega le cogió las manos, comentando:

—Estás helada.

—Son los nervios. Tú no sabes lo que es vivir año tras año fingiendo, oyendo mentiras y pronunciando otras. Pero ya no puedo más, Charlie. ¡Ya no puedo más! Prefiero qué nuestro secreto estalle y todo el mundo lo sepa.

—Por favor, Elena, no digas eso. A mí no me perjudicaría que se supiera, mas... ¿y a ti?

—¡Prefiero la verdad, Charlie!

—¿Y tus hijos? ¿Crees que ellos comprenderían tus sentimientos?

Elena inclinó, abatida, la cabeza.

—No —musitó—. No los comprenderían, pero yo tengo derecho a un poco de felicidad.

—La gente no te dejaría ser feliz. La gente murmuraría más o menos abiertamente. La gente no tolera felicidad ajena.

—Nos iríamos de Monterrey. He vendido el palacio a César de Echagüe. Con ese dinero pagaré las deudas y me separaré de mi

marido. La ley..., la nueva ley autoriza el divorcio.

—La vieja ley de los californianos no admite el divorcio —observó Speck—. Para los tuyos serías una..., una cualquiera.

—Tengo derecho a la felicidad. En otros lugares de California tengo tierras. Podría ir a vivir a Los Angeles. Allí apenas soy conocida.

—Las murmuraciones llegan a todas partes, Elena. Hay otra solución mejor.

— ¿Otra? ¿Cuál?

—Yo la encontraré, Elena. No preguntes. Yo deseo tu felicidad.

—Eso me da miedo —musitó Elena, adivinando el sentido de las palabras de Speck—. La sangre no se borra fácilmente.

—Yo no derramaría ni una gota de sangre de tu marido, Elena. Te quiero demasiado para exponerme a que su recuerdo fuese una barrera entre nosotros. Pero, desde luego, las cosas han llegado ya demasiado lejos. Hay que acabar de una vez para siempre.

—Ten en cuenta que nuestros hijos sienten una extraña predilección por él. A mí me aceptan como algo natural. A él lo adoran, lo admiran..., a pesar de que él no los quiere más de lo que aprecia a cualquier buen caballo.

—Creo que en eso estás equivocada. Tu marido quiere con locura a sus hijos. Está loco por ellos. Creo que los quiere más que tú.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿En qué ha demostrado él su cariño?

—Dándoles todos los caprichos que le han pedido. Para ellos nunca ha tenido un no. Tú has perdido noches y días junto a sus camas cuando han estado enfermos. Mientras tanto él iba a sus quehaceres o a sus distracciones; pero luego, cuando ellos han podido disfrutar, les ha dado caprichos.

—Con mi dinero.

—Por como lo ha gastado más parecía suyo. Los chicos no entienden de esas cosas. Tú has sido lo necesario. El ha ofrecido lo superfluo. En la vida todos estamos dispuestos a prescindir de lo necesario a cambio de lo superfluo, Elena. Creo que debes ir pensando en perder a tus hijos.

—¿Perderles? Eso no podría yo soportarlo.

—No te quedará otro remedio. Tu hijo anda loco perdido por Lola Dunseth, la hija de un tal coronel Dunseth.

—¿Coronel? Ese hombre es un bribón...

—Es un bribón simpático —sonrió Speck—. El único amigo de tu marido que también es amigo mío. Es un hombre que ha convertido la falta de vergüenza en honrado medio de vida. La chica vale mucho. En tu lugar yo aprobaría la boda. Y en cuanto a Cruz... Tu hija ha perdido la cabeza en cuanto un hombre atractivo le ha dicho que era la poesía hecha carne, el amor hecho mujer.

—¿Qué hombre le ha dicho eso? ¿Y cuándo?

—El hombre se llama Phillip López Marden. El momento fue hace una hora y media. Tú proporcionaste la ocasión al enviar a tu hija y al agente del Correo al salón de música. La luna llena, el perfume de las flores y las notas del piano hicieron lo demás.

—¿Cómo sabes...?

—Tengo espías en tu casa, Elena. Te quiero demasiado para perderte de vista un solo instante. Una vez me dejé vencer por otro hombre. Pero eso no volverá a ocurrir.

—Eso no justifica tu espionaje...

—El amor lo justifica todo.

—Tú conoces mis sentimientos hacia mi marido.

—Precisamente. Los conozco y no quiero que otro pueda quitarme la que ya me pertenece, Elena. Si otro hombre fijara en ti sus ojos, lo mataría. Y tal vez te matase también a ti. Pero sé que no piensas en nadie más. Que no repetirás tu error de una vez.

—No, Charlie; pero ese hombre... Hay momentos en que me creo mala, porque me asaltan horribles deseos...

—Eres muy buena. Demasiado. Pero esa idea tuya de enfrentarte con la opinión pública es una locura. No debo consentir en que prospere. No debes ponerla en práctica.

—Temo que no dependa ya de nosotros, Charlie —murmuró Elena—. Yo sé cuánto has hecho por evitar que la verdad pasara al domino

público, pero al fin todos sabrán lo que hemos deseado ocultar.

Speck dio unos lentos pasos por su despacho. Estaba nervioso y preocupado.

—Si mi fortuna y mis negocios no estuvieran concentrados aquí, en California, te diría que nos fuésemos a Europa, a Australia, incluso a la India o China. Pero todo mi dinero y mis medios de vida se encuentran aquí. No puedo convertir en moneda mis negocios. No puedo llevármelos de aquí. Ellos me atan a estos lugares.

—Aunque no te atasen, sería inútil. Yo debo que darne y afrontar la verdad.

—Piensa en tus hijos, Elena.

—No quiero que durante toda su vida se cierna sobre ellos la amenaza de una verdad horrible.

—Nuestra situación es muy difícil, Elena. Yo he querido evitarte disgustos y dolores...

—Ya lo sé. Y te lo agradezco mucho, aunque tal vez..., tal vez hubiera sido mejor que no te portaras tan caballerosamente. —La mujer se pasó una mano por la frente—. No sé —continuó—. Desde hace mucho tiempo me debato en un torbellino de confusiones. No comprendo lo que ocurre... y temo que todo lo malo que he descubierto no sea aún lo peor. Quisiera saber lo que debe hacerse, Charlie.

—Esperar. Hay acontecimientos que se producen por sí solos, sin que nosotros podamos influir en ellos.

—¿No puedes ayudarme?

—No sé cómo hacerlo sin arriesgar mi felicidad. A pesar de todo, tu marido es y seguirá siendo el más fuerte, porque entre él y yo estás tú.

—Esperaba hallar una ayuda concreta. Si ya sabes lo que te ha ocurrido en mi casa, ¿qué puedo hacer?

—Esperar, Elena. No hagas otra cosa. Yo he esperado durante veinte años. Otros nos traerán la solución.

—¿Quiénes?

—No lo sé. Pero ahora vete, Elena. Te comprometes demasiado

viniendo aquí. Adiós.

Elena no se decidió a marcharse.

—Tengo miedo de volver a mi casa. Me gustaría hundirme en un profundo sueño y no despertar hasta que todo hubiera terminado.

—Todos hemos deseado alguna vez dormir durante muchos años y no despertar hasta que todo hubiera terminado. Creo que por eso recurren muchos hombres al suicidio. Pero debes marcharte y hacer frente a la situación. En todo mal hay muchos culpables. Vete.

Al fin cedió Elena, que salió de la estancia escoltada por Speck hasta el vestíbulo, donde aguardaba Eloíso, que acompañó a Elena hasta la puerta, frente a la cual aguardaba el coche en que había llegado la mujer.

—Adiós, Eloíso —sonrió Elena, cuando el mejicano le abrió la portezuela.

—Buenas noches, señora —replicó el hombre, inclinándose.

Al hacerlo, su mirada tropezó con unos pies calzados con recias botas de montar y que descansaban en la alfombra del interior del vehículo. Al mismo tiempo Elena lanzó un ahogado:

—¡Bud!

Eloíso era muy rápido en sus reacciones, pero esta vez se hallaba en plena desventaja, y antes de que pudiera intentar empuñar sus armas recibió en la cabeza un culatazo de rifle, que dado con la sana intención de abrirle el cráneo, logró, por lo menos, derribarlo como fulminado contra las losas del patio, que besaron duramente su nariz y sus labios.

Elena fue metida violentamente en el coche, y éste, conducido por Nicolás Oken, salió de la casa de Speck, dejando tras él la inmóvil figura de Eloíso de bruces sobre el suelo.

Speck oyó el golpe de la caída de su guarda de confianza y luego el rodar del coche. Moviéndose tristemente la cabeza volvió a entrar en su despacho, y hasta que hubo cerrado la puerta no se dio cuenta de que estaba delante del «Coyote.»

JINETE NEGRO CONTRA «COYOTE»

—No parece usted tan sorprendido como yo esperaba —comentó el enmascarado—. Ello me produce cierta decepción.

—Después de lo ocurrido esta tarde en la taberna esperaba de un momento a otro su visita —replicó Speck—. Tengo en muy alto concepto su inteligencia, señor «Coyote.» Y su capacidad.

—Gracias. No estoy acostumbrado a oír tan buenas y caritativas opiniones, señor Jinete Negro.

—¿Quién le habló de ello?

—Hice algunas preguntas y recibí determinadas respuestas. No me gustan las competencias, pero como en su caso había algunos detalles sorprendentes... No ocurre todos los días eso de que un enmascarado obligue a tomar dinero pistola en mano a un hombre tan pacífico como nuestro común amigo don César.

Speck observó atentamente al «Coyote.» Este se hallaba recostado contra la mesa, de espaldas a la lámpara, con los brazos cruzados y las manos lejos de sus pistolas.

—¿Puedo secarme el sudor? —preguntó, procurando dar a su voz un tono de absoluta indiferencia.

El «Coyote» descruzó los brazos y alcanzó un secafirmas, tirándolo a las manos de Speck, quien, por unos instantes permaneció con el secante entre sus dedos, sin saber qué hacer.

—¿Por qué me lo ha tirado? —preguntó, al fin.

—Porque pensé que a lo mejor guarda usted el pañuelo en el bolsillo derecho de su chaqueta, que es donde se suelen guardar también los *derringers*. Si hubiera usted llevado la mano a ese bolsillo habría tenido que estropearle un brazo en la duda de si pensaba usted sacar el pañuelo o disparar el *derringer* a través de la tela. El secafirmas le servirá lo mismo.

—¿Cómo sabía lo del *derringer*? —preguntó Speck.

—Yo también tengo mis agentes secretos, señor Speck. Tengo

buenos informadores, «orno usted los tiene en casa de Elena Ortega.

—¿Me espió desde el balcón? —preguntó Speck.

—Tal vez, pero no acabo de comprender la verdad, señor Speck. Oyendo su conversación con Elena Ortega me asaltó la duda de si era usted un caballero o un sinvergüenza. ¿Qué versión es la más exacta? Caballero? ¿Truhán?

—Adivínelo, puesto que tanto sabe.

—Veo que no quiere colaborar conmigo. Y, sin embargo, si mis sospechas se confirman, me deberá usted su felicidad, puesto que soy el único que puede proporcionársela.

—¿Usted? —Speck se echó a reír—. No sé por qué dice eso.

—Porque puedo y porque hay fundamento para mi suposición. Usted y Elena se quieren, ¿no es así?

—Si desea que le explique mis sentimientos más íntimos, quítese el antifaz, descubra su cara y hágale como un amigo. Ninguna de mis amistades tiene la costumbre de presentarse con la cara tapada.

—No pretendo ser amigo suyo. Pero me interesa usted, señor Jinete Negro. Su gesto al entregar a don César de Echagüe setenta y cinco mil dólares es muy sorprendente. ¿Qué motivos le impulsaron a ello?

—No deseo contestar a ninguna de sus preguntas. Si quiere matarme, hágalo.

—Si quisiera matarle no necesitaría su permiso. —Pues entonces, si no quiere matarme, déjeme en paz.

—En la vida o en el pasado de Bud Murdoc hay un secreto. Usted lo conoce. ¿Cuál es?

—Bud Murdoc le contestará mejor que yo a semejante pregunta. Hágasela a él.

El «Coyote» lanzó un suspiro.

—Siempre ocurre lo mismo —dijo—. La gente desconfía de mí. En lugar de escoger el camino fácil se busca el difícil. Es usted muy dueño de obrar como le plazca. Pero comete un error al no dejarse llevar por mí.

—Nunca he necesitado a nadie, y menos al «Coyote.» Algunos de mis amigos guardan mal recuerdo de usted.

—Debían de ser malos amigos —sonrió el enmascarado—. Adiós, señor Speck. Tal vez dentro de poco se alegre de que yo le haya ofrecido mi amistad.

—Lo dudo. Sólo me gustaría conocer el motivo real de su visita.

—Pues antes de irme le complaceré. Deseaba escuchar su conversación con la esposa de otro hombre. Si hubiera podido copiarla y se la releyese a usted, se asombraría de las conclusiones que de ella podría sacar cualquier persona que no tuviese buenos pensamientos. En apariencia usted y ella son dos canallas. Dos canallas a quienes un marido honradamente celoso podría matar sin que las leyes californianas pudieran acusarle de homicidio ni de crimen.

—Si tuviera un arma le haría tragarse el insulto que acaba de dirigirme, señor «Coyote.»

—A lo más que llegaría usted sería a intentarlo, señor Speck. Buenas noches. Se acerca su hombre de confianza, y a juzgar por lo tambaleante de su paso se diría que está borracho o que ha tropezado con algo.

Speck se volvió hacia la puerta, por la que entró un momento después Eloíso, con el rostro ensangrentado y la mano en la magullada cabeza.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Speck yendo hacia el mejicano.

Luego, recordando las palabras del «Coyote», se volvió para hacerle una pregunta, pero se encontró solo. El enmascarado había desaparecido.

CAPITULO VIII

BUD MURDOC TIENDE UNA DOBLE TRAMPA

Después de encerrar a Elena en su dormitorio, Bud y sus amigos reuniéronse en el despacho particular del primero. Allí esperaban siete hombres. Uno de ellos era el coronel Dunseth.

—Hola —saludó Murdoc al entrar con Vance y Oken.

—Hola —replicaron los otros.

—¿Cómo van los asuntos particulares, amigo Murdoc? —preguntó el viejo coronel.

—Regular —contestó Murdoc, encogiéndose de hombros—. Podrían ir peor, mas me gustaría que fuesen mejor de lo que van.

Con una circular mirada abarcó a cuantos se encontraban en la estancia.

—Esto ha de terminar de una vez. —dijo—. Es inútil seguir adelante. La gallina ya puso todos los huevos de oro.

—¡Bah, no será tanto!, —rió Vance.

—Creo que Murdoc tiene razón —dijo Dunseth—. Hemos... Mejor dicho: habéis ido demasiado lejos. El servicio de Correos no podía aceptar que los asaltos se repitieran tan a menudo. Tomó sus medidas y todo se ha descubierto.

—Si se hubiera descubierto todo, el amigo Murdoc estaría en la cárcel, ¿no? —preguntó Oken.

—Pero no estaría solo él en la cárcel —dijo Murdoc.

—Cuidado con lo que dice, jefe —advirtió uno de los seis que acompañaban a Dunseth cuando entraron Murdoc y los otros—. Nosotros somos nuevos en el negocio; pero aquí los amigos pagaron unas culpas que no eran únicamente suyas. Y las pagaron sin chistar.

—Murdoc no hablará —dijo Oken—. Tampoco nosotros le perjudicaremos, porque gracias a él hemos pasado unos tiempos muy buenos. Creo, sin embargo, que Murdoc tiene algo de razón al sugerir que la cosa ha de terminar. Hemos dado unos cuantos buenos golpes y ahora es mejor marcharnos. Separémonos en paz y como buenos amigos.

—¿Y en qué situación quedo yo? —gritó Murdoc—. Está muy bien eso de separarse en paz y marchar cada cual por su lado con los bolsillos llenos mientras yo quedo aquí con los bolsillos vacíos y una amenaza pendiente sobre mi cabeza.

—En eso tiene razón —dijo Dunseth.

Oken se volvió hacia el viejo.

—Ya sabemos por qué te pones de su parte. Quieres que tu hija pille algún dinero en la caja de caudales.

—Si no tuvieses lo que tienes en los pulmones y no llevaras la marca que llevas en la oreja, te replicaría como te mereces. —dijo Dunseth—. Ni mi hija ni el hijo de Murdoc tienen por qué verse mezclados en este asunto.

—Dudo que pueda evitarse que se vean envueltos en ello—dijo Oken—. Pero como hay algo de razón en lo que dice Murdoc, creo que podemos llegar fácilmente a un acuerdo. El obstáculo mayor ahora es Marden. Si lo quitamos de en medio retrasaremos la investigación lo suficiente para que podamos escapar sin peligro.

—No quiero más crímenes—dijo Murdoc.

—No sería un crimen, sino un accidente—observó Oken—. Podría combinarse fácilmente.

—Pero cuando se descubra...—murmuró Bud.

—Ya ha muerto demasiada gente—dijo Dunseth—. No compliquemos más las cosas.

—En vez de matarle se le podría herir—dijo Murdoc—. Así yo dispondría de tiempo suficiente para regresar a Fresno, recoger el dinero y...

—Ese dinero ya lo recogeremos nosotros—dijo uno de los otros seis—. Ahora lo que conviene es que mañana, o, mejor dicho, que esta madrugada salga la diligencia con el dinero que se remite a la Minera de Fresno para el pago de los jornales. De ese dinero puede usted sacar veinte mil dólares, señor Murdoc, que nosotros recobremos del fondo escondido en Fresno. Luego no volveremos a molestarle. Puede vender su línea de diligencias a Speck.

Murdoc se pasó una mano por la frente.

—Está bien—dijo—. Haced lo que queráis. Fui un loco; pero mi locura ya no tiene remedio. Pude haber empleado mejor mis posibilidades.

—La mayoría de nosotros ha empleado mal su vida —suspiró Dunseth—. Yo me quedo contigo, Bud. Quiero que hablemos de

nuestros hijos.

—¿Para qué los habremos tenido?—murmuró Murdoc.

—Para encontrar en ellos nuestro castigo—sonrió Dunseth.

—No os pongáis sentimentales—dijo Oken—. Despidámonos para siempre.

—O por lo menos hasta que desaparezca el peligro —rió Vance.

—Lo que deberías hacer es abandonar familia y casa y largarte a otro sitio—propuso Oken a Murdoc.

—No. No puedo hacerlo. Es mejor que se haga lo que yo propuse. Una vez muerto o herido Marden tendré tiempo de arreglar la situación. Marden comprenderá que le conviene callar...

—Marden no callará—dijo Dunseth—. Y no creo que un poco de sangre le haga perder el valor.

—Pues le cerraremos la boca—dijo otro de los que estaban en la estancia—. Adiós, señor Murdoc. Es una lástima que haya terminado una asociación tan ventajosa.

Salieron todos menos Dunseth; pero Murdoc no deseaba quedarse con él.

—Vete tú también—dijo—. No estoy para palabras amables.

—Oyéme un momento, Murdoc—replicó, en voz baja, el coronel—. Tú y yo somos amigos por fuerza. No me gustas como consuegro, porque eres tan sinvergüenza como yo. Y más que sinvergüenza eres débil. Pero yo no valgo mucho más que tú. Resuelve este asunto noblemente, por una vez en tu vida. No sigas adelante, porque lo único que consigues es complicar más las cosas, sin resolver ninguna.

—Déjame.

—Piensa en los hijos. Tú eres un padrazo, ¿no? Pues no olvides que los hijos perdonan menos que los jueces. Háblale a tu mujer.

—Ella ya sabe todo lo que necesita saber. Yo sé demasiado de lo que ella piensa.

—Entonces... ¿Piensas cometer otra locura más?

— ¿Quién eres tú para reprocharme nada?

Dunseth inclinó la cabeza.

—Nadie—murmuró—. Soy un viejo pecador que se dejó arrastrar a un negocio fácil. Quisiera salvarte a ti y salvarme yo; pero sólo existe una solución, Dejar de fingir. Hablar claro.

—Para ti el hablar claro significaría la cárcel, Dunseth. Para mí significaría algo más. ¡La horca! Y si me han de ahorcar por la muerte de diez hombres, no me importa que me cuelguen por la de un hombre más.

—Tienes razón. Pero yo no sigo adelante. Me marcho ahora mismo.

—¿Guardaste tu dinero?

—Lo invertí, y si devolviendo lo que me disteis, pudiera verme libre de las salpicaduras de la sangre derramada, lo devolvería alegremente. Adiós.

Dunseth salió de la estancia. Sus compañeros ya habían abandonado el Palacio Ortega y nada hizo por reunirse con ellos. Por el contrario, se encaminó al alojamiento de Philip Marden.

Creía disponer de tiempo suficiente para prevenir al agente; pero cuando desembocó en la calle donde estaba la posada de Marden vio a éste salir de ella en dirección opuesta a la suya. Y, en el momento que iba a correr hacia él, la oscuridad nocturna se rasgó a causa de varios fogonazos, y el joven, tambaleándose, cayó de bruces sobre el enfangado suelo.

Una sombra se acercó a él. La luz de un cercano farol cabrilleó sobre el metal de un revólver. Desenfundando el suyo, Dunseth disparó varias veces sin intención de alcanzar a nadie, sólo para conseguir que el autor de la agresión no completara ésta con un tiro de gracia.

Los disparos de Dunseth consiguieron su propósito. El agresor dio media vuelta y disparando dos veces contra el lugar donde flotaban las blancas nubecillas de humo de la pólvora, huyó en seguida por otro callejón.

Cuando los pasos del fugitivo se dejaron de oír, Dunseth corrió junto al herido.

—Gracias—murmuró Marden. Pero al reconocer a Dunseth, rectificó—: No sé si debo dárselas o temer...

—¿Puede levantarse?—preguntó el coronel.

—Sí... si me ayudan.

—Yo le ayudaré. Pueden volver.

—Pero usted va con ellos, ¿no?

—Yo soy un viejo loco. Quería prevenirle. No llegué a tiempo...

—Sí que llegó. Tengo una herida en la cadera... Pero venía a rematarme y... cometí el error de dejar en mi casa la pistola... Iba a una cita...

—Yo avisaré a la joven, si usted quiere.

—Antes lléveme a casa...

En la posada, y mientras se esperaba la llegada de un médico, Marden pidió a Dunseth:

—Vaya a la Plaza... y diga a Cruz Murdoc que venga. Ella me espera allí...

—¿Que venga? Es una niña...

—Sí... Y no sé cómo evitarle el daño que le espera.

Dunseth movió la cabeza.

—A todos nos esperan graves daños, señor Marden. Si usted pudiera olvidar, entre otras cosas, lo de esta noche...

—No debo olvidarlo—sonrió Marden—; porque no quiero que se me vuelva a disparar el revólver y me hiera nuevamente. Y si se recupera el dinero perdido... yo nada diré. Ni de ellos ni de usted.

—Vance, Oken y yo hemos hecho muy poco, en realidad. Por lo menos hemos hecho poco materialmente. Por lo que se refiere a la parte moral, hemos hecho más, desde luego. Pero no creímos que Murdoc fuera tan lejos.

Marden movió la cabeza.

—El es el principal complicado. Pero hay otros seis hombres que podrían pasar por autores materiales de los hechos. Si llegaran a hablar esos seis, entonces nadie les salvaría a ustedes.

—Mi hija y el hijo de Murdoc son novios. Quieren casarse. Yo he reunido algún dinero y estoy dispuesto a entregarle a usted la parte que corresponde a los robos de la correspondencia. Le daré todo lo que he recibido de Murdoc. Con ese dinero hice algunos buenos negocios. Mis beneficios están en el Banco. Son legalmente míos; pero yo los pondré a disposición de mi hija, para que se pueda casar con el hombre a quien quiere. Luego, también a mí se me puede disparar un revólver, por accidente, y llegarme una bala al corazón.

—No es necesario—dijo Marden—. Le debo la vida y yo nada haré contra usted ni contra Vance y Oken. Porque si hiciera algo contra ellos no podría evitar el mezclarle a usted en el lío. Y en cuanto a Murdoc, estoy enamorado de su hija y no sé qué hacer. ¿Cómo hacerle daño a él sin perjudicar a su hija?

—Es una situación muy complicada. Y en vez de aclararse, sólo se consigue embrollarla cada vez más. Y lo más curioso es que las apariencias condenan a un inocente. Para todo el mundo, las culpas caen sobre Charlie Speck.

—¿Y por qué no dejarlo todo en esa sospecha?—propuso Marden—. A él no se le hace ningún daño, puesto que nada se prueba contra él.

—Usted se ha enamorado de Cruz—sonrió Dunseth—, y, como yo, se encuentra en una situación desagradable. Si actúa contra su padre, la pierde.

—Y si no lo hago cometo un delito. Sólo he visto una vez a esa muchacha. No creo que sea imposible olvidarme de ella.

Pero Marden sabía que nunca podría olvidar a la hija del hombre a quien debía denunciar.

—No la haga venir—dijo al fin—. Explíquele que un trabajo me retiene... Prefiero no volverla a ver.

—¿Piensa actuar contra él?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? ¡Ojalá esta noche durase eternamente y no llegara el día de mañana! Porque esta noche aún podemos todos mantener el engaño, fingir que nada ocurre; pero mañana se ha de saber la verdad...

—¿Qué pruebas tiene contra Murdoc?—preguntó Dunseth—, Esta pregunta se la hace el hombre que le ha salvado la vida.

Marden comprendió las intenciones del viejo y se dejó engañar.

—En la saca de la correspondencia destruida en el último asalto iba una carta dentro de la cual se había colocado una delgada hoja de acero. Ni el mayor incendio hubiese conseguido destruirla. Pero cuando rebuscamos en las cenizas, de lo que había sido saca de correspondencia, no encontramos la menor huella de esa hoja de acero, a pesar de que era del tamaño de una carta corriente. Eso nos convenció de que lo que se destruía no era la correspondencia, y...

—¿Si yo le entregase esa hoja, con huellas de haber sido quemada, o haber sufrido, por lo menos, el contacto de las llamas, qué ocurriría?

—No sé. Ahí tengo un informe a punto de enviar a mis jefes—y Marden señaló su mesa de trabajo.

Dunseth cogió el informe, que estaba dentro de un cajón y guardándolo en un bolsillo dijo:

—Alguien se lo ha llevado. Tendrá que redactar otro, y no podrá hacerlo antes de mañana por la noche. Tal vez, para entonces ya tengamos las pruebas necesarias.

—No estoy muy seguro de que lo consigamos—dijo Marden.

—Yo puedo ir y volver a Fresno en mucho menos tiempo del que usted imagina.

Dunseth salió de la posada y dirigióse al hotel donde se hospedaba. Iba a entrar cuando alguien le llamó quedamente:

—Señor Dunseth. Por favor. Venga...

El viejo dirigióse hacia el oscuro ángulo de la calle, de donde procedía la voz.

—¿Qué quieres, muchacho?—preguntó al joven que esperaba allí.

Trató de adivinarle el rostro; pero no lo consiguió. El sombrero y una negra bufanda lo ocultaban.

—Una carta para usted—replicó el joven.

—¿Quién la envía?—preguntó Dunseth.

—Vea la firma—respondió el otro, escurriéndose hacia un cercano callejón.

El viejo desdobló el papel y, antes de leer el mensaje, miró la firma. Era sólo una cabeza como de lobo; pero Dunseth comprendió lo que representaba.

— ¡El «Coyote»! —exclamó.

Luego leyó las instrucciones que se le daban y, en vez de entrar en su hotel o de ir a advertir a Cruz, montó a caballo y dirigióse a galope raudo hacia Fresno.

CAPITULO IX

LA JUSTICIA DEL «COYOTE»

Bud Murdoc se pasó la mano por la frente. Sentíase viejo y cansado. Había querido resolver una situación por medios que estaban fuera de la Ley, y ahora la situación seguía como antes, y él habíase colocado varias cuerdas al cuello, metiéndose en una trampa de la que no le era ya posible salir.

Entró en su despacho y no le produjo asombro ni miedo ver frente a él a Speck, pistola en mano, con la boca amenazadoramente contraída por el odio.

—¿Qué quieres?—preguntó Murdoc.

—He venido a terminar de una vez para siempre nuestro problema.

— ¿Matándome?—preguntó, incrédulo, Murdoc.

—Te ofrezco un duelo. Sé que llevas una pistola. Sácala y dispara contra mí. Es una buena oportunidad.

—¿Conservando tú empuñado el revólver?

—No puedo concederte más que la posibilidad de disparar antes que yo. En mi lugar tú no harías tanto por mí.

—Hace años que deseo tu muerte, Speck.

—Me has hecho tú mucho más daño a mí que yo a ti.

—Lamento no habértelo podido causar mucho más profundo—replicó Murdoc—. Y ahora lamento no llevar encima el arma que tú supones.

—No te creo. Te doy la última oportunidad. Contaré hasta tres y dispararé.

Murdoc comenzó a entrever una salida o solución a su problema. Una astuta sonrisa cruzó por sus labios y, de pronto, gritó como si se dirigiese a otro:

—¡No, eso no, dejadle!

Speck se volvió de un salto hacia el posible enemigo que acudía en auxilio de Murdoc; pero antes de completar el movimiento vislumbró cómo Murdoc llevaba la mano derecha al sobaco y comprendiendo que había sido engañado, cayendo en un trampa por demás infantil y usada, revolvióse contra Murdoc y apretó el gatillo.

Un estampido resonó en el despacho y Speck sintió que su revólver le era arrebatado por una irresistible fuerza. Entretanto, Murdoc había sacado la mano, vacía y miraba al enmascarado que ahora estaba entre los dos hombres, con un humeante revólver en la mano. Durante unos segundos nadie dijo nada. Al fin, Murdoc tosió a causa del humo de la pólvora y Speck exclamó:

—¡El «Coyote»! ¿Otra vez? ¿Enemigo o amigo?

—Amigo de todos—replicó el enmascarado.

—Me ha salvado la vida y le ha salvado la suya—dijo Speck, frotándose la contusionada mano.

—No—sonrió el «Coyote»—. Murdoc no ha tratado de matarle. Al contrario: ha pretendido morir a manos de usted. Si usted le hubiese dado muerte en esta casa, se condenaba, para siempre, a perder el derecho al amor de Elena Ortega. Hubiera sido demasiado que el asesino del marido se casara con la viuda. Además, al matarle aquí, ¿quién no hubiera creído que lo hacía con intención de robar algo?

—No diga tonterías...—gruñó Murdoc—. Aunque sea usted el «Coyote», no siempre acierta. Dejarme matar para que no pueda casarse con mi mujer... ¡Qué idiotez! Viviendo se lo impedía.

—Usted ya sabe cuán contados están sus días, Murdoc—respondió el enmascarado—. Sus hazañas han sido descubiertas. Su juego ya se conoce. No puede ganar, por mucho que haga. Y como le falta valor para pegarse un tiro, ha pensado que su rival podía ayudarle. Por eso ha fingido que alguien le venía a ayudar. Luego ha fingido que llevaba un arma encima. Speck le hubiera matado de buena fe y luego se habría encontrado con que era un criminal.

Murdoc inclinó la cabeza.

—Es verdad—suspiró—. Desde hace años todo me sale mal.

—Porque desde hace años usted prefiere el juego sucio—dijo el «Coyote»—. Hasta el último momento insiste en las turbiedades. Pero el juego terminó. Ha llegado la hora de pasar cuentas y de repartir los premios y los castigos. Su proyecto contra Marden ha fracasado. Todavía hay quien desea ayudarle. Speck lo ha pretendido, Dunseth, también. Y yo, ahora.

— ¡Los favores que yo pueda recibir del «Coyote.»...!

—¿Le gustaría que sus hijos se enterasen de qué clase de hombre ha sido su padre?

—No puedo evitar que se enteren.

—Puede intentarlo. Yo le ofrezco una oportunidad. Hace varios años usted gastó alegremente un dinero que no era suyo. Alguien depositó en la oficina de Monterrey diez mil dólares para que tres días más tarde fueran pagados en Fresno. Al día siguiente la diligencia fue asaltada por tres hombres: Uno de ellos era el que ahora se llama Dunseth, otro era Vance y el tercero era Nicolás Oken. Fueron detenidos poco después; pero entre tanto usted había cometido una canallada menor. Había fingido que entre el dinero robado de la caja, figuraban los diez mil dólares aquellos. En realidad, el dinero no salió de Monterrey. Usted lo invirtió en una de sus francachelas. Los tres salteadores fueron detenidos, como ya he dicho, y juzgados. De momento negaron haber robado los diez mil dólares; pero usted les visitó y les hizo una oferta. Mil dólares a cada uno si confesaban haber robado también aquella cantidad. Diez mil dólares más en su cuenta de cargos no podía significar mucho más castigo y en cambio ganaban tres mil dólares. Aceptaron, confesaron y recibieron una condena de diez años de cárcel. Sólo pasaron seis años en el penal. Su buen comportamiento les valió el poder acogerse a varios indultos y al fin salieron. Usted ya no se acordaba de ellos cuando los volvió a ver en

este mismo despacho. En realidad no se acordó ni de enviarles los tres mil dólares; pero a ellos no les importaba. Al hacerles prometer que confesarían haber robado el dinero, usted les dio mucho más de tres mil dólares.

—Desgraciadamente, así fue—admitió Murdoc—. Fui un loco. Ellos volvieron y, revólver en mano, me obligaron a firmar una confesión de mi delito. No sólo de que yo no había enviado los diez mil dólares, sino de que yo era, además, el autor del asalto a la diligencia. Es decir, que les había pagado a ellos para que fingieran el robo. Luego me exigieron más dinero. No los tres mil sino diez mil para cada uno. Les di lo que tenía. No era suficiente. Oken sugirió que abriese las sacas de la correspondencia y sacase el dinero de los valores declarados. Dije que era imposible; pero entonces él propuso poner en práctica el plan que había ideado. Sacar toda la correspondencia, especialmente la certificada o los valores declarados, meter en su lugar papeles o sobres vacíos y luego hacer asaltar la diligencia por unos amigos suyos, que quemarían la correspondencia. Eso parecería un ataque encaminado a perjudicar el crédito de mi línea de diligencias y sería achacado a... a Speck, dueño de la otra línea. Accedí.

—¡Canalla! —masculló Speck.

—Calma—ordenó el «Coyote»—. En cierto modo no pudo evitar que las circunstancias fuesen más fuertes que él. Tenía que salir de la sartén y fue a caer de bruces en el fuego. Cedió una y otra vez. Los otros tenían razón, pues habían pagado unas culpas que no eran totalmente suyas, aunque igualmente hubieran pasado seis años de cárcel, aunque sólo hubieran robado lo que en realidad robaron. Lo malo fue que en el juego se metieron seis canallas más, que eran peores que Murdoc y peores que sus compinches. Además de robar, mataron. Son los supervivientes de la aniquilada banda de «Dientes» Lorin. Uno de ellos es el propio Lorin, que no murió, como se cree. Uno de sus lugartenientes también era dentón y un balazo entre las cejas le destrozó la cara lo suficiente para que sólo se pudiera ver su dentadura. Bajó al infierno con la documentación de «Dientes» Lorin.

—Sí—asintió Murdoc—. Nosotros no queríamos llevar las cosas a sangre y fuego; pero Lorin se impuso. Y hubo que propagar la especie de que Speck deseaba arruinarme y de que por eso morían mis conductores y eran destruidos los coches y matados los caballos. Como no podía por menos de ocurrir, al fin intervino el Gobierno y envió un agente. El último asalto fue un error; pero Lorin me obligó a fingirlo. Necesitaba dinero. Y ahora también quiere más.

—Sus hombres esperan el envío del dinero para el pago de los jornales. Asaltarán la diligencia cuando llegue a cierto lugar en la ruta de Monterrey a Fresno. Actuarán como de costumbre. Unos tiros certeros contra el conductor y, luego... repartirse el botín, regresar a Fresno, cargar con lo que allí se guarda de otros robos y salir de California antes de que el Gobierno se ponga serio.

—¿Cómo sabe...?—tartamudeó Murdoc.

—Yo he preparado esta operación. ¿Le gustaría conducir la diligencia, Murdoc?

— ¿Cuál?—preguntó Murdoc, pálido como un muerto.

—La que está a punto de salir. La que será asaltada por «Dientes» Lorin.

—¿Guiarla yo?—Murdoc movió la cabeza—. Pero eso sería tanto como...

—Lo que intentaba hacer antes, obligando a Speck a que le matara.

—Si le concede esa oportunidad no hará más que facilitarle la fuga y que luego se ría de la estupidez del «Coyote»—dijo Speck.

El enmascarado movió negativamente la cabeza.

—Sólo los estúpidos creen en la estupidez ajena. El señor Murdoc ya debe de haber comprendido que mis precauciones están tomadas para que mi proyecto no falle. Yo le doy la facilidad de borrar con una honrada muerte una larga vida de crímenes, ya que siendo cómplice de Lorin en los asesinatos, su suerte sería la misma que la de sus amigos. Todos colgarían de una horca. O de varias. Pero si él muere honradamente, en un esfuerzo por terminar con los asaltos de las diligencias, todo el mundo le respetará. Será un nuevo y falso mito. Marden está enamorado de su hija, Murdoc. Echará tierra al asunto y se conformará con la solución que yo he preparado. Dunseth quiere la felicidad de su hija y tampoco dirá nada. Los otros están más asustados de lo que usted mismo cree, y se alegrarán de que no se les relacione con el suceso. Y si pretendieran hablar, yo sé cómo convencerles de que se callen si no quieren que me lleve algo más que los lóbulos de sus orejas. ¿Qué decide, Murdoc? ¿El desprestigio para sus hijos? ¿El que nunca puedan levantar la cabeza, ni dejar de sonrojarse cuando se mencione el nombre de su padre?

—Llevaré la diligencia—murmuró Murdoc.

—Recoja su revólver y vámonos—dijo el «Coyote» a Speck.

—Creo que es usted un ingenuo—replicó Speck—. Ese hombre se burlará de su candidez.

—Ya le he dicho antes, que no. El sabe que no puede hacer otra cosa que aceptar la salida que le ofrezco.

—Es verdad—musitó Murdoc—. No tengo otra salida. Gracias, señor «Coyote.» Como aún falta hora y media para que salga la diligencia, arreglaré algunos detalles pendientes. ¿Puedo quedarme en mi despacho?

—Supongo que sí—replicó el «Coyote»—. Pero si cuando salga la diligencia usted no está en ella, nada ni nadie podrá evitar el escándalo. Buena suerte.

—Gracias... por la ironía.

Los dos hombres habían entrado por el balcón del despacho, y por él se retiraron, dejando solo a Murdoc, que nada hizo por seguirles. Despacio, acosado por sus inquietudes, dejóse caer en la silla, frente a su mesa. Cogió un papel, con el mismo esfuerzo que hubiera empleado para levantar un gran peso, y mojando la pluma en la tinta empezó a escribir:

«Querido Elliot:

Tenía la esperanza de poderte abrazar dentro de poco y, sobre todo, de volverte a ver. Ahora temo que no va a poder ser. Las cosas se complican y la tela de araña que se ha ido tejiendo a mi alrededor es ya demasiado densa para que mis pobres fuerzas puedan romperla. Temo, incluso, que ésta pueda ser mi última carta, y las próximas horas que voy a vivir sean las últimas de mi vida. Sí, querido Elliot, así están las cosas. Charles Speck va a conseguir lo que deseaba. La línea de mis diligencias va a terminar su actividad comercial... Speck ha logrado arruinarme y si consigue evitar que la diligencia que dentro de una hora y media va a salir de Monterrey, con un cargamento de dinero para la compañía minera de Fresno, llegue a su destino, mi ruina será total; por eso he tomado mis medidas, para que si la diligencia es asaltada yo no sobreviva a mi ruina. Ya sólo me queda el honor por único patrimonio. El sacrificio de mi vida será la prueba mejor de que en ningún momento he sido culpable de lo que por boca de Speck se ha difundido acerca de mí. Con mi sangre

limpiaré las manchas que la difamación de un cobarde ha echado sobre mi nombre. Adiós, querido hijo. Perdóname si no logro dejarte otra herencia que un apellido honrado. Cuida de tu madre y de tu hermana. Te abraza, tu padre,

B. Murdoc.»

Metió la carta en un sobre, escribió la dirección, pegó unos sellos y, guardando el mensaje en un bolsillo, salió del despacho. Ni por un momento sintió arrepentimiento ni vergüenza. Hubiera querido poder causar algún daño al otro culpable, al «Coyote», pero se sabía incapacitado para ello y por lo mismo su rencor y su odio contra Speck se hicieron más fuertes. Por lo menos él sabría levantar una definitiva barrera entre su enemigo y sus mejores ilusiones.

Abrió la puerta del tocador de Elena. Su mujer retrocedió, horrorizada. Murdoc sonrió.

—¿Pensaste que me habían matado?—preguntó.

—El disparo que oíste te hizo temer, tal vez, que yo me hubiera suicidado.

—Para eso hace falta más valor del que tú tienes—replicó Elena.

—Pronto se arreglará todo, Elena. Me marchó. Sólo he venido a abrir tu puerta.

—¿A quién mataste?—preguntó Elena.

—A nadie. El disparo lo hizo tu amigo el «Coyote» contra tu mejor amigo, el señor Speck.

—¡No!—gritó Elena, sobresaltada.

Murdoc sonrió.

—No temas. No le hizo daño. Se limitó a desarmarlo. Speck me quiso matar. Hubiera sido terriblemente trágico para ti. Perder a tu futuro marido. Que seas muy feliz con él cuando yo falte.

—¡Eres odioso, Bud!

—Ya lo sé. Pero esta vez tendrás mejor opinión de mí. Hasta que volvamos a vernos, Elena. Cuídate mucho.

Salió del cuarto y dirigióse hacia el de Cruz. Quería decir algo a su hija; pero la habitación estaba vacía. No se veía ninguna huella de la muchacha. Tal vez estaba por algún extremo del palacio.

Como a veces la joven se retiraba a la biblioteca, Murdoc entró en ella. Una sucia luna enviaba por las ventanas amarillentos y mortecinos reflejos hacia el enorme cuadro que coronaba la chimenea. Era una tela de pésimo gusto pintada por alguien que tenía las ideas de Rubens y el pulso de un pintor de exvotos.

—Esto será algo que no echaré de menos—dijo mirando al cuadro—. No sé qué habrán visto o presentado en él los Ortega para insistir tanto en que por nada ni por nadie se vendiera ni se retirase de donde está.

Convencido de que su hija no estaba tampoco allí, Murdoc salió de la casa y en el buzón de correos depositó la carta para su hijo. En el momento en que dejaba caer el sobre oyó pronunciar su nombre por los labios de su hija.

—Hola, Cruz—replicó, volviéndose—. ¿Qué haces por la calle, a estas horas?

—Tenía una cita—respondió la joven—. Tenía que ver al señor Marden y... no fue a buscarme.

—¿Al señor Marden? ¿Qué tienes tú que ver con él?

—Es muy simpático. Antes hablamos mucho. Me invitó a que le enseñara algunas de las cosas más famosas de Monterrey. Como sé que a ti no te importa...

—No te habrás enamorado de él, ¿verdad?

—No lo sé, papá. Es demasiado pronto. Pero es muy simpático y creo que me gustaría enamorarme de él.

—¡Dios mío!—musitó Murdoc, pensando en lo que había dispuesto.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué has dicho eso? ¿Es que temes...? ¿Es que sabes si le ha ocurrido algo?

—No, no. No sé nada... pero... Speck...

—¿Qué tiene que ver con el señor Marden?

—No lo sé; pero Speck teme algo de Felipe L. Marden. Si algo

llegara a ocurrirle al señor Marden, el culpable sería Speck. Pero ve tranquila, yo lo evitaré. Aunque me cueste la vida.

—¡Por Dios, papá! No digas eso. Me asustas.

—Ve a casa. Tu madre te espera. Yo voy a conducir la diligencia Fresno. Es un viaje muy importante. Cuando vuelva yo lo arreglaré todo, desenmascararé a Speck y al fin podremos vivir tranquilos.

Murdoc llamó a un cochero y le ordenó que condujese a su hija a su casa, luego se encaminó a la cochera de las diligencias de la Murdoc-Express.

Aún quedaban varios coches del tipo «Concorda.» Dos de ellos en reparación. De los restantes, uno estaba siendo cargado con sacas de correspondencia y fardos de mercancías. Al entrar en la cochera, Murdoc fue saludado por un grupo de hombres, ninguno de los cuales parecía muy eufórico. Dos de ellos revisaban sus rifles. Eran los guardas.

—No os preocupéis—dijo Murdoc—. Guardad los rifles. No haréis el viaje.

—¡Pero señor Murdoc —protestó el conductor—. Si alguna vez ha hecho falta una escolta...

—Tú tampoco vas—interrumpió Murdoc—. Yo guiaré él coche y lo defenderé.

Sin demostrar que observaba las expresiones de asombro de los allí reunidos fue hacia el armero y regresó con un cinto bien provisto de cartuchos y con dos revólveres enfundados. Ciñóse la canana, luego cogió el rifle que uno de los guardas iba a dejar en el armero.

—Preparadlo todo—ordenó.

—Señor Murdoc, es una locura que usted guíe la diligencia—dijo el conductor—. La primera parte del viaje tiene que hacerla de noche y es muy peligrosa si no se conoce el camino. Además lleva usted mucho dinero y se expone a un disgusto.

—Estoy dispuesto a correr los mismos riegos que mis hombres—contestó Murdoc—. No quiero que se diga que pedí a los demás lo que yo no era capaz de hacer.

—Por lo menos deje que le acompañen algunos guardas—dijo el

encargado del parador.

Murdoc movió negativamente la cabeza.

—Quiero ir solo.

—Si Speck lo sabe le hará matar—indicó el encargado.

—Speck no tiene nada que ver con esto. El culpable ha sido otro.

Subió al pescante y empuñó las riendas.

—Póngase una pelliza—le dijo el conductor, tendiéndole un grueso chaquetón de lana y pieles—. Al amanecer aprieta el frío en las sierras.

Cuando se hubo puesto la pelliza y calado el sombrero de anchas alas, nadie le hubiera distinguido de cualquiera de los conductores de las diligencias de California. Salió de la cochera y a las tres y media de la mañana tomó el camino de Fresno. Los que le despidieron lo hicieron sin alegría, casi silenciosamente, cual si presintieran que Bud Murdoc no volvería de aquel viaje.

Las calles de la vieja capital de California resonaron con los ecos del traqueteo de las ruedas, del batir de los cascos de los caballos que tiraban de la diligencia y con el cascabeleo de las colleras. Luego los ecos comprimidos se extendieron por el campo y el rodar se hizo menos agudo.

Murdoc tuvo tiempo de recordar su pasado. Mal uso había hecho de él. Luego pensó en la carta a su hijo. Se arrepentía de haberla enviado y preguntóse por qué, habiendo dispuesto de tiempo sobrado para ello, no escribió una completa confesión de sus culpas. Hubiera sido mejor.

También pensó en Cruz. ¿Cómo pudo haber imaginado que entre su hija y aquel agente federal podía existir ningún lazo amoroso? Suponía muerto a Marden y alegrábase de no estar presente cuando su hija lo supiera.

—Lo olvidará pronto—pensó—. Un amor de unas horas no puede significar mucho en la vida de una niña.

La velocidad de la marcha de la diligencia se acortó. Comenzaba la subida, Murdoc preguntóse cuándo se produciría el ataque. ¿Se produciría? ¿Dónde? No antes de que amaneciera.

Sus ojos se fijaron en la orla de luz que ya ribeteaba los picos de la sierra. Aquella orla fue creciendo y a su influjo los pájaros que llenaban los arbustos y bosquecillos de robles empezaron a cantar. La humedad se hizo menos intensa. De pronto, al coronar uno de los pasos de la sierra, Murdoc se encontró frente al nuevo día, mientras un trocito de sol intensamente rojo asomaba por detrás de una lejana cumbre.

Aún no se había apagado la emoción que le producía aquel espectáculo que ya casi tenía olvidado cuando, desde varios puntos brotaron fognazos y blancas guedejas de humo se prendieron en los arbustos de entre los cuales habían partido los disparos.

Murdoc se tambaleó. En su cuerpo había notado el choque de varios proyectiles; pero ningún dolor. Y le asombraba tanto esto como el que el esperado ataque le hubiera sorprendido.

Ahora los agresores salían de entre los matorrales y arbustos, a caballo, llevando en alto los revólveres y rifles.

Murdoc pensó en obligar a los caballos a seguir galopando o en descubrir su identidad; pero en su pecho comenzó a sentir las quemaduras de un fuego interno y decidió jugar la partida hasta la última carta. Sus manos empuñaban ya los Colts; pero los soltaron en las fundas. Era mejor el rifle.

Lo cogió y al ver su acción, los bandidos reanudaron el fuego, pues habían creído que pensaba, rendirse sin lucha. Las balas silbaban junto a Murdoc y arrancaban astillas de la carrocería. Un caballo cayó muerto. Una bala reventó uno de los faroles, aún encendido, y Murdoc sintió la caliente salpicadura del petróleo del depósito.

Si para otros «Dientes» Lorin podía confundirse entre los seis jinetes, para él no, y, contra Lorin empezó a disparar la carga del Marlin. Era como luchar contra un imposible. Como pretender alcanzar el cielo con un guijarro. Lorin sólo permanecía una fracción de segundo frente al punto de mira del rifle, y cuando Murdoc disparaba, Lorin ya no estaba ante él.

Dos balas más alcanzaron a Murdoc. La última de ellas fue a la vez fatal y providencial, pues alcanzó a Murdoc en el vientre en el momento en que de nuevo iba a apretar el gatillo. La convulsión le hizo volverse ligeramente y esta vez, «Dientes» Lorin, que de nuevo había esquivado con triunfal sonrisa la puntería del conductor encontróse, inesperadamente, a tres metros de la diligencia y del

cañón del rifle cuando éste disparó.

A través del velo que ya le nublaban los ojos y de la nubecilla de humo del disparo, Murdoc vio estallar la cabeza de Lorin en fragmentos de masa encefálica y de cabellos, luego, impulsado por el propio dolor de la última herida, se incorporó y, durante diez segundos fue fácil blanco de los cinco asaltantes, que vaciaron contra él sus armas.

Murdoc no sintió ningún dolor. Sólo como si le empujasen de un lado a otro, hasta echarlo definitivamente de esta vida. Se tambaleó en lo alto del pescante y, por fin, en lenta zambullida cayó junto al cadáver de «Dientes» Lorin, cuando de todas partes se oía galope de caballos y gritos de miedo y victoria.

De todas partes llegaban jinetes. Venían de Fresno y pertenecían por igual a la Agencia Speck y a la Murdoc. Llegaban los segundos ansiosos de vengar a sus compañeros muertos en los asaltos a las diligencias y ni ofrecieron ni dieron cuartel. Los bandidos, cogidos por sorpresa, casi inermes, trataron, frenéticamente, de recargar sus revólveres y rifles; pero antes de conseguirlo ya estaban barridos por el huracán de plomo que se abatió sobre ellos. Tan sólo uno de ellos tuvo tiempo de reconocer entre sus atacantes al más temido de todos:

—¡El «Coyote»!—gritó, casi en el momento justo en que una bala de *Sharps* le atravesaba el pecho, dejando amplio boquete.

El «Coyote» galopó hacia la diligencia sin tomar parte activa en la batalla o matanza. Saltó al suelo y arrodillóse junto a «Dientes» Lorin. En su bolsillo deslizó un puñado de sobres. Entre ellos el que contenía la prueba que Marden había buscado inútilmente entre las cenizas. Luego volvió a montar a caballo y saludando con la mano a los que habían terminado con la pandilla, picó espuelas y fue a reunirse con Dunseth, que le esperaba entre los pinos.

—Todo listo—dijo el enmascarado.

—¿Ha destruido el documento que firmó Murdoc?

—Todavía no—replicó el «Coyote». Presiento que aún puede necesitarse y que lamentaríamos haberlo destruido antes de tiempo.

—¿El ha muerto?

—Del todo. Adiós, coronel Dunseth. Que tenga suerte.

—Y usted toda la que merece, señor «Coyote.»

El enmascarado sonrió con su blanca dentadura, luego, saludando con la mano perdióse entre los árboles, camino de Monterrey.

CAPITULO X

CARTA POR CARTA

Después del entierro de su marido y del funeral, a los cuales asistieron todas las personalidades de Monterrey, Elena procedió a liquidar deudas y solucionar problemas. Firmó la escritura de venta de la casa-palacio y pagó los noventa y seis mil dólares que exigía el Correo, una vez recuperado el botín que se suponía perteneció a los seis salteadores. Una vez liquidadas las deudas y cobrado lo que se adeudaba a Murdoc - Express, Elena suspiró:

—Creí que no quedaría nada. Siempre es un consuelo ver que aún queda bastante.

Charles Speck comentó:

—Don César ha sido muy amable pagando más de lo que se esperaba por este palacio.

—Mi debilidad de carácter—bostezó el hacendado—. Me gustaba la casa y hubiera lamentado que fuese a parar a otras manos.

—Nos iremos en cuanto llegue mi hijo—explicó Elena—. Pronto podrás tomar posesión de la casa.

—No te apures, mujer—replicó don César—. No tengo ninguna prisa. Tiempo habrá para todo. Lo que sí pienso hacer en seguida es quitar el cuadrito ese que se supone adorna la biblioteca. En mi vida he visto un cuadro más horrible.

—Algún Ortega pensó que tenía una obra de arte —sonrió tristemente Elena.

En este momento se oyó en el jardín el rodar de un carruaje y Cruz entró corriendo, para anunciar:

—¡Es Elliot, mamá!

Elena se levantó, temblorosa.

—Casi tengo miedo de verme frente a mi hijo—murmuró con la mano sobre el pecho.

—Nosotros nos iremos—dijo don César—. ¿Viene, señor Speck?

—Desde luego—se apresuró a responder el otro—. Yo también le tengo un poco de miedo al chico.

Salieron por una puerta lateral viendo cómo Elliot bajaba del coche y les miraba un momento, luego volviéndose ayudó a bajar a una mujer.

—¿Cuánto tardarán en casarse?—preguntó don César a Speck.

—¿Quién?—preguntó a su vez el otro.

—Usted y Elena.

—¿Nosotros?—Speck se turbó—. Pero... ¿Cómo sabe...?

—Sé lo que todo el mundo sabe o por lo menos lo que todo el mundo supone. Usted ya estaba enamorado de ella antes de que se casara con Murdoc.

—Sí; pero ha pasado tanto tiempo...

—Es natural—suspiró don César—. La rosa se ha marchitado y el amor voló al cementerio de los amores perdidos.

—No, eso no—protestó Speck—. Yo la sigo queriendo... Pero el hijo es muy mayor...

—Diecinueve años.

—Ya es bastante.

—Puede vivir su vida y, si no me equivoco, ya tiene puestos los ojos en su meta. Me parece que le gusta mucho la hija del señor Dunseth. Incluso diría que ha venido con ella.

—Eso sería una solución—dijo Speck.

—Una buena y cómoda solución—rió don César.

* * *

Aquella noche, en casa de los Murdoc se celebraba una cena íntima,

a la cual, sin embargo, había sido invitado una persona ajena aún a la familia. Lola Dunseth, espléndida belleza, sentábase junto a Cruz Murdoc, frente a Elliot Murdoc que se sentaba a la izquierda de su madre. La joven se hospedaba en el Palacio Ortega. Sobre la mesa un gran centro de bellas flores era obsequio de Charles Speck.

—Acompaña a Lola a la sala de música—dijo Elliot a su hermana—. Luego iré yo con vosotras. Quiero hablar un poco a solas con mamá.

Elena presintió una tormenta. La voz de su hijo habíase endurecido.

—En seguida estaremos con vosotras—dijo a las muchachas y, luego a su hijo—: ¿Qué te ocurre?

Elliot no contestó en seguida. Por fin, cogiendo la tarjeta de Speck que estaba entre las flores preguntó:

—¿Qué significa esto, mamá?

—No te entiendo—replicó Elena—. Es una delicadeza de un... un buen amigo de la familia.

—¿Incluyes a mi padre en la familia?

—Desde luego.

Elliot tiró la tarjeta sobre el mantel.

—¿Estás enamorada de ese Speck?

Elena irguió la cabeza.

—Me parece que no tienes ninguna autoridad para hacerme preguntas como esa, Elliot.

—Sólo quiero decirte que no estoy dispuesto a que te cases con un hombre a quien mi deber de hijo me obliga a desafiar, a matar, a vengar en él la muerte de mi padre.

—¿Qué locura dices?

—No sé lo que sentirás hacia ese hombre, mamá; pero si es amor... me da miedo y asco.

— ¡Elliot!—exclamó Elena, poniéndose en pie—. ¡Te prohíbo que hables así!

—Calma, señora—dijo una voz detrás de Elena, mientras la luz de las lámparas proyectaban sobre el blanco mantel la sombra de un hombre cubierto con sombrero mejicano.

—¿Quién es usted?—tartamudeó Elliot.

—¿No has oído hablar del «Coyote»?—preguntó el recién llegado—. ¿Sí? Pues aquí le tienes. Y usted, señora, tenga la bondad de retirarse y dejarnos a su hijo y a mí para que discutamos un rato. Le prometo devolvérselo entero, sin ninguna oreja de menos y, sobre todo, más cuerdo.

Como Elena vacilara, el «Coyote» insistió:

—Márchese, pues de lo contrario no podremos hablar.

Y una vez a solas con Elliot, el enmascarado sentóse frente al joven y dejó sobre la mesa un papel doblado. El ala del sombrero proyectaba impenetrable sombra sobre su rostro.

—¿Qué quiere?—preguntó Elliot.

—Hablar contigo. Explicarte algo que ignoras y... ofrecerte la lectura de algo interesante; pero ante todo una explicación: Tu prometida ha hablado con su padre y le ha contado algo acerca de una carta que recibiste del tuyo. Tuve el placer de enterarme de esa conversación. Tu padre fue muy aficionado a complicar las cosas. Armó un buen lío en pago del favor que se le hizo.

—¿Qué favor?

—¿Te gusta que la memoria de tu padre sea respetada por todos?

—Me gusta lo que es justo.

—Entonces...—El «Coyote» soltó una irónica risa—. ¡Pobre muchacho! ¡Qué poco ibas a disfrutar si se hiciera justicia a la memoria de tu padre!,

—¡No tolero...!

—¡Cállate, idiota!—ordenó el «Coyote»—. ¿Crees que he venido a perder el tiempo discutiendo tonterías contigo? He venido a que me entregues la carta de tu padre y a que olvides esa tontería de que no estás dispuesto a que tu madre se case con Speck.

—¡Es el asesino de mi padre!

—Tú padre se asesinó a sí mismo. Speck y todos los demás querían evitaros a ti y a tu hermana que os enteraseis de la verdad. No ha podido ser. Lee. Esto lo firmó tu padre hace años, y, como verás, entre los perjudicados por él figura, principalmente, el padre de tu novia.

Le tendió el documento que le había entregado Dunseth, y no pudo contener una sonrisa de lástima al ver el cambio que se verificaba en el joven a medida que iba leyendo el comprometedor documento.

—Pero... esto significa...—murmuró.

—Significa que debes olvidar esa carta que recibiste, no hacer preguntas y, sobre todo, no interponerte en la felicidad de tu madre. A cambio de ello destruiré esta última prueba que existe contra tu padre; pero si tú dejases de cumplir con Lola Dunseth, tengo otros documentos más graves y peligrosos—agregó el «Coyote», levantándose y acariciando significativamente la culata de uno de sus revólveres.

Luego, acercando el documento a una vela, lo encendió en la llamita y dejó que se carbonizase en el vacío hogar de la chimenea.

—Haz lo mismo con tu carta—dijo.

Elliot obedeció. Estaba como atontado y así quedó, embobado, con la mirada fija en la llama que destruía la última carta de Bud Murdoc a su hijo.

Así le encontró su madre, tiempo después, cuando extrañada por el silencio que reinaba en el comedor, entró, temiendo hallar a su hijo muerto.

—¿Y el «Coyote»?—preguntó.

Como despertando de un sueño, Elliot fue hacia ella y la abrazó, llorando convulsivamente y pidiendo:

—Perdón, mamá, perdón.

FIN

[1] Famosa empresa de transportes en el Oeste.

[2] Véase Huracán sobre Monterrey, número 2 de esta colección.

[3] Véase huracán sobre Monterrey.